# EL TRAPERO DE MADRID.

a en cuatro actos, precedido de un prólogo, imitado del francés por D. Juan Lombia, y representado en el Teatro de la Cruz el 10 de noviembre de 1847.

(TERCERA EDICION.)

## PERSONAGES DEL PRÓLOGO.

| | |
|---|---|
| IO, *trapero*..... | *Don Juan Lombia.* |
| TE SOLER..... | *José Tamayo.* |
| ÑOR DE VILLANUEVA, *ociante*..... | *Hilario Peña.* |
| AGO CONTRERAS, *ca-*..... | *Luis Rada.* |
| RENO..... | *Francisco Ros.* |
| RTERO..... | *H. Cattañazor.* |
| A DE VILLANUEVA... | *Doña María Perez.* |

*Una patrulla de guardia real.*

## PERSONAGES DEL DRAMA.

| | |
|---|---|
| ANTONIO, *trapero*.. | *Don Juan Lombia.* |
| TE SOLER, *bajo el lo de marqués de Ca-Vicente*..... | *José Tamayo.* |
| UIS VILLANUEVA..... | *Francisco Lumbreras.* |
| NDE DEL JUNCO..... | *José Revilla.* |
| O, *pintor*..... | *José García.* |
| S, *negociante*..... | *José Gimenez.* |
| TA, *abogado*..... | *Mariano Serrano.* |
| ISARIO DE POLICIA. | *José Aznar.* |
| GISTRADO..... | *Felix Diez.* |
| SIO. } *criados del* | *Benito Flores.* |
| S. } *marqués*..... | *Luis Rada.* |
| RIBIENTE..... | *José Alverá.* |
| ZO DE FONDA..... | *M. Lumbreras.* |
| CONTRERAS ..... | *Doña Joaquina Baus.* |
| ..... | *Carlota Gimenez.* |
| NA, *portera*..... | *C. Samaniego.* |
| A. } *oficialas de mo-* | *Josefa Noriega.* |
| A. } *dista*..... | *Matilde Tabela.* |
| A. } | *J. Samaniego.* |
| } | *Manuela Castañon.* |
| *doncella de Clara*... | *Josefa Azcona.* |
| RIADA *de la señora stina*..... | *Luisa García.* |

*máscaras y otros concurrentes al baile: convidados en l marqués; seis criados del mismo: Cinco agentes cía en trage de paisano; dos guardias civiles.*

# PROLOGO.

Año de 1825. Madrid.

Plazuela de Afligidos: es de noche: un farol alumbra debilmente la escena: una zanja en el suelo con las piedras del empedrado á una orilla y á la otra las losas de la acera, y otras nuevas que se supone han estado preparando los picapedreros: un montoncito de basura en el centro de la plazuela.

Al levantarse el telon se oyen dar las once y cuarto á lo lejos en el relój de palacio, y á poco sale Vicente observando si alguien pasa, y con muestras de agitacion, mira fijamente al rededor, se quita el sombrero, que deja en el suelo y saca de la levita una pistola: en este momento se oye al sereno pregonar las once y cuarto y nublado, acercándose; Vicente se esconde en el cancel de una puerta para dejarle pasar. El sereno llega á la escena al terminar su pregon, atraviesa lentamente parte de la plazuela talareando; despues se vuelve y reconoce la zanja.

## ESCENA PRIMERA.

VICENTE, EL SERENO, *luego* ANTONIO.

SER. (*cantando.*) Las once y media en punto y nublado... Talara leira, leira; talara leira, leira, leira. talaraleira, etc. Cargue el diablo cun lus picadrerius! lu dejan todu empatanadu y no ponen un mal farol. Verdad es que para la gente que pasa pur esta plazuela... (*leyendo el azulejo.*) «Plaznela de Afligidus!» Vaya un nombre! Plazuela de Afligidus! Talaraleira, leira, leira, talāraleira, leira, leira, tala, etc. (*á alguna distancia.*) Las once y cuarto en punto y nublado (*Vicente sale del cancel observando al sereno de lejos*).

VIC. Ya está distante. Nadie se acerca; acabemos. (*quítase sombrero y corbata. Saca otra vez la pistola, se coloca á la luz del farol; saca un papel con pólvora y balas y carga la pistola.*) Qué es la vida cuando hay que arrastrarla entre la miseria? Una carga insoportable que puede uno arrojar de si con un soplo: pues bien, yo quiero arrojarla: la suerte que me hizo dueño de un gran patrimonio, ha podido reducirme á la

mendicidad, pues yo no he nacido para el trabajo y la fatiga; pero se olvidó de privarme de esta pistola que me vá á dar el reposo para siempre. Para siempre! Si, para siempre lo obtendré! No puedo sufrir un castigo eterno por no haber podido cambiar mi naturaleza, los hábitos que me hicieron contraer desde niño. Si mis padres me criaron en la opulencia y en la holganza, suya es la culpa, no mia... Escribamos. *(saca una cartera, arranca de ella una hoja y con una rodilla en tierra, debajo del farol, escribe con un lapicero guardando antes la pistola.)* Sépase por qué muero. *(escribiendo.)* «Yo no diré como otros desgraciados que á nadie se culpe de mi muerte, no: el suicidio es el único recurso que me dejan los hombres: ellos ponen en mi mano el arma fatal brindándome con el reposo del sepulcro, ellos...

Ant. *(dentro.)* Buenas noches, Domingo.

Ser. *(dentro).* Adios, Antoniu.

Vic. Gente viene. *(levantándose precipitadamente.)*

Ant. *(dentro.)* Que gris hace! Enviame la aguardentera si pasa que aquí estoy.

Vic. Alguien viene! *(Arrójase en la zanja.)* Me ocultaré. Ah! el papel! *(alarga el brazo para recogerlo y no puede.)*

Ant. Voto al chápiro! *(trae cesta gancho y farol.)* Luego dicen que el vino sostiene; que el vino... Va! diez medios chicos traigo en el cuerpo y aun no puedo tenerme en pié. Un niño de cinco años me tumbaria de un empellon... En fin... puede que consista en que he bebido poco...

Vic. (Es un trapero).

Ant. Ya me habrán bajado la basura de casa del señor Villanueva, ese negociante tan rico, y antes de acostarme... aquí está; *(rebusca.)* bien la conozco, porque es la mas productiva del barrio su basura. Guiñapos, papeles, á ver? Dia diez de setiembre de mil ochocientos veinte y cinco. «Carne cincuenta y uno; ajos dos.» La cuenta de la compra del mes pasado. Como soy Antonio, que me alegro mucho de saber leer y no ser tan zopenco como la mayor parte de mis compañeros, que les estorba lo negro. Pero ya se ve, de algo me ha de servir el haberme criado en la inclusa y ser hijo del rey, como dicen de nosotros los incluseros. Válgame Dios! Cuántos hijos tiene S. M... Y á la verdad que para ser hijos del rey, no lo pasamos muy bien que digamos: en siendo grande, el que no se la busca, lo que es su padre... Pero nos enseña á leer, escribir y contar, eso si: y cuando menos puede uno... leer, escribir y contar, si hay que. Ola! el aire me envia este. *(el papel que estaba escribiendo Vicente, Antonio le echa el gancho.)* A la cesta: manuscrito? Y con lapiz. *(lee.)* «Yo no diré como otros desgraciados que á nadie se culpe de mi muerte.» «Eh? que á nadie se culpe de mi muerte, no.»

Vic. Lo está leyendo. *(asoma la cabeza y la esconde con rapidez.)*

Ant. «El suicidio es el único recurso que me dejan los hombres.» Ola!

Vic. Es preciso acabar antes que me impida... *(saca parte del cuerpo y se le ve amartillar la pistola.)*

Ant. Pues esto es de alguno que... qué ruido es ese? *(corre hácia Vicente.)* Una pistola, eh? poco á poco, jóven. *(se abalanza á él con la mayor rapidez, y le arranca la pistola de la mano.)* Ola! ola! *(con una mano tiene la pistola, con la otra tiene agarrado á Vicente de una muñeca.)*

Vic. Silencio, por Dios! *(con energia y á media voz.)*

Ant. Bueno: hablaremos bajo; pero salga usted de ahi... Iba usted á matarse? Voto al chápiro!

Vic. Silencio, digo.

Ant. Bien, bien; pero como no salga usted de ahi pr to, llamo al sereno. *(Vicente sale.)* Y usted no qu dejar nada que hacer por acá; se habia usted enter antes y con tiempo.

Vic. Miserable de mí!

Ant. Calle! yo le he visto á usted en alguna parte... cara...

Vic. Puede ser.

Ant. Ah! ya caigo: es usted el vecino de la guar pegadita á la mia: le he encontrado á usted alg veces en la escalera. Voto al chápiro! y se queria u matar! Por qué? Vamos á ver.

Vic. Porque la vida me es insoportable; es lo único poseo, es mia y quiero disponer de ella.

Ant. De usted la vida? De usted! Ay! Como se co que se le ha olvidado á usted el catecismo. Bien no sé si usted lo habrá aprendido: si se hubiera u educado en el mismo colegio que yo, cuando m sabria usted eso; pero yo no sé qué es lo que les señan á ustedes por ahí. Mire usted ahora con lo sale! Vamos, vamos. Siéntese usted ahi: está acalorado y con el frio que corre se refrescará n

Vic. Le digo á usted que estoy cansado de vivir mejor morir de un balazo que de hambre.

Ant. Va! de hambre! En España nadie se muer hambre. Si fuera de sed... por no tener vino... V usted echaremos el aguardiente y fuera penas.

Vic. No me moveré de aquí, y espero que me devu usted mi pistola.

Ant. Oiga usted, yo no quiero lo que no es mio; la tola volverá á su poder de usted; pero será cuan esté seguro de que usted se ha serenado.

Vic. Ya estoy tranquilo.

Ant. Esa no cuela. Y qué diantre, por qué queria matarse? Porque es usted pobre? Porque está miserable? Si no es mas que eso, yo sé un re para no afligirse por nada... en tirando de ac *(accion de empinar.)*

Vic. (Que fastidio! le dejaré que se canse y se *(se sienta en las losas apiladas.)*

Ant. Cuando uno tiene penas no tiene mas que co una azumbre del manchego, y zurra, que es t Oh! yo entiendo bien de eso. Aqui, donde uste vé, algunas veces que no tenia que llevar á la he estado para desesperarme. Es posible, decia yo, un hijo del rey, y quien dice del rey, dice d grande, de un general ó de un contratista de p siones, en fin, de un hombre rico; porque yo lo m puedo ser hijo de un millonario que de un p me crié en la casa grande, y por consiguiente.. posible, decia, que habiendo tal vez nacido para en la opulencia, no tenga siquiera que comer! Va yo debia tirarme al canal; pero quiá; al instant acordaba de la doctrina cristiana y procuraba ca de líquido. En lugar de tirarme al agua, acome vino, y en cuanto me metia unas cuantas copas el pecho y espalda, empezaba á verlo todo de col rosa; los guiñapos que encontraba me parecian ciopelos; los huesos que recogia creia verlos tran marse en marfiles; el gancho en mi mano parec cetro absoluto al que nada se resistia, y mi cest tesoro inagotable. Oh! el vino hace prodigios; refugio de los pobres. Pero á la verdad yo no sé usted puede querer matarse. Dice usted que p morirse de hambre, como si fuera eso posible á es jóven y tiene salud y dos brazos robustos. (Vi *hace un gesto y le vuelve la espalda.)* Ola! parece eso no le siente á usted bien; pues amigo en tierra cuca, el que no trabaja no manduca.

:. Buen hombre, usted no puede comprender...
T. Oh! demasiado que comprendo... usted dirá que no sabe hacer nada; nada mas que gastar, triunfar; derrochar cuanto tenga. Pero señor mio, eso no vale. Si usted no tiene y quiere gastar, es preciso ganarlo. Con mas levita que un señor y quiere matarse! Pues qué haria usted si llevase mis harapos? Solo con la pistola con que se iba usted á tirar, tendria yo para comer dos semanas. Estos señoritos son mucho cuento: primero que trabajar, un pistoletazo; vaya que está bueno.
:. Y á qué quiere usted que yo trabaje? Yo no he aprendido ningun oficio.
T. El mio no necesita aprendizaje. (*gesto despreciativo de Vicente.*) No, no hay que espantarse, que por muy bueno que usted sea, quien sabe si será usted mejor que yo! Vaya usted á adivinar... Mire usted, si usted quiere vendemos esa levita, (*la recoge y se la dá.*) esta corbata y la pistola mañana en el rastro. Bien darán por todo doscientos reales, se compra usted una chaqueta, una cesta, un gancho y un farol; con cuatro duros tiene usted todo el equipo y las herramientas del oficio, y á buscarse la vida: si no quiere deshacerse de esas prendas, se viene usted conmigo, me ayudará usted como pueda, y comerá de lo que haya, beberemos buenos tragos, y Dios abrirá camino.
:. (Que suplicio.) Yo aprecio sus buenos deseos de usted; pero mi resolucion es irrevocable, y prefiero morir, como tengo decidido, á... emborracharme como usted me propone.
:. Vea usted que principios esos! Con que usted quiere mejor matarse que... (*accion de empinar.*) Pues señor, buen provecho le haga á usted... ya verá usted las consecuencias. Por el pronto mañana estará espuesto su cadáver de usted, á la puerta de la cárcel, para que vayan allí á reclamarle, ó por mejor decir, para que no vayan. Luego vendrá usted en los periódicos, en la Gaceta, y en el Diario cuando menos, anunciando con aquellas reflexiones de ordenanza, en que le pondrán á usted como chupa de Dómine, y con razon. Vea usted, aqui tengo justamente un pedazo de Gaceta en que se habla contra el suicidio.
(Paciencia hasta que se canse).
. Oh! y aquí está mejor puesto que como yo lo digo.
(Veamos la moral de abajo despues de haber oido la de arriba.)
. Véalo usted; aqui está. (*acerca el farol que coloca sobre las losas y lee.*) A ver si le gustará á usted un epitafio de esta calaña. «El cadáver de un jóven ha sido extraido del canal ayer mañana, y por una carta que se ha encontrado en su ropa, que habia dejado en la orilla, se conoce que el infeliz era uno de esos locos que no pueden soportar la oscuridad y la pobreza. No hay crimen mayor contra la religion ni contra la sociedad que el suicidio; es hijo de la pereza y del orgullo. El suicidio es peor que el asesinato, porque es el asesinato sin peligro: el hombre que le comete es un criminal sin valor; es como el soldado que abandona su bandera; como el mercader que fragua su fraudulenta quiebra: es la señal mas evidente de la cobardía, de la bajeza, es en fin...» No hay mas, está rota la hoja; pero me parece que es bastante.
(*á quien la lectura ha sacado de su idea fija.*) Si, si; tiene usted razon: bastante dice.
Vamos; y ahora, querrá usted matarse?
(Con que es así como trata la sociedad á los que quieren librarla de su ponzoña? A los que prefieren el suicidio al vicio ó al crimen para salir de la miseria?)
(Por fin he conseguido que reflexione.) Me parece que ya no habrá cuidado, eh? Si ahora se bebiese usted, aunque no fuera mas que una copa de aguardiente anisado, estoy seguro de que me daria V. las gracias. Voy á ver si hallo á la aguardentera: estará ahi en el cuartel de Guardias; pronto vuelvo: en cuanto la dique la pido un trago y me la traigo por acá.

VIC. Pero usted se vá y mi pistola...

ANT. Lo que es la pistola todavia no la vuelvo: antes de buscar á la aguardentera la voy á dejar en mi cuarto: ya sabe usted que está ahi al lado; si usted quiere venir, me espera usted en él.

VIC. Gracias.

ANT. Bueno: pues entretanto ahi queda mi cesta, mi farol, mi gancho, que son nuevecitos, y toda mi hacienda de esta noche. Tenga usted. (*le pone el gancho en la mano.*) Que diantre! haga usted algo: no hay como trabajar para entrar en calor y no sentir penas: á ver si llenamos esta noche la cesta de trapajos y el cuerpo de *acatus*: pronto doy la vuelta. (Al fin se lo he quitado de la cabeza: pobre hombre: me daba lástima.) Eh? Maruja; por dónde anda esa pícara aguardentera? Maruja. (*se le oye vocear alejándose.*)

## ESCENA II.

VICENTE, VILLANUEVA, SU ESPOSA, EL PORTERO, ANTONIO *y el* SERENO *dentro.*

(Luego que se deja oir á Antonio, se abren las vidrieras de un balcon de la casa de Villanueva y se vé á este y á su esposa salir á él: Vicente se oculta en la zanja.)

VIL. No ves? Es imposible que venga ya Santiago; con una noche tan oscura, y despues de las doce, seria esponerse...

SEÑ. Se habrá quedado allá por no venir cargado de ese modo á estas horas y por barrios tan solitarios.

VIL. Y es lo mejor que podia hacer. Aun está abierto el portal. Gerónimo.

POR. (*dentro.*) Señor?

VIL. Cierre usted, cierre usted la puerta.

POR. (*asomándose á la puerta.*) Es que aun no ha venido el señor Santiago.

VIL. No viene ya: cierre usted.

POR. Eso es otra cosa. (Asi como asi me estaba durmiendo.) (*éntrase y cierra la puerta del portal por dentro.*)

SEÑ. Cuidado si está oscura la noche.

ANT. (*dentro*). Ja, ja, ja: echa Maruja, echa otra copita para abrigarme el estómago. Venga. Ja, ja, ja.

(Acaba de cerrarse el portal: se entran Villanueva y su esposa y cierran el balcon. El relój de palacio dá las doce. El sereno pregona á alguna distancia las doce en punto y nublado. Vicente. despues de observar, vuelve á sentarse donde estaba antes, mirando el papel que ha leido Antonio.)

VIC. Es la señal mas evidente de la cobardia, de la bajeza! (*se levanta.*) Pues bien, no me mataré, no; pero tampoco ahogaré mis penas en el vino; no me arrastraré vivo por el fango, como ese miserable trapero. No serviré de entretenimiento á los periodistas; si se ocupan de mi no será para divertirse, porque el suicidio vendrá por la mano del verdugo. No quiero inspirar lástima sino ódio, temor. Desgraciado de él, dirian, si me viesen en este estado de desesperacion; pues bien, desgraciados de vosotros los que insultais la miseria desde la cumbre de la opulencia, digo yo á mi vez: yo seré rico, aunque para ello el crimen haya de herir á los demás. Alguien se acerca por este lado.

ESCENA III.

VICENTE, SANTIAGO, *luego* ANTONIO; *por último una patrulla. Vicente se ha retirado á la oscuridad del fondo. Santiago sale cargado con una talega de dinero.*

SAN. Muy tarde se me ha hecho para venir con tanto oro: apretemos el paso.

VIC. *(saliendo al paso.)* Alto ahi: ese dinero es mio. *(le dá un golpe en la cabeza con el gancho y se apodera del dinero.)*

SAN. Ladrones, socorro!

VIC. *(luchando.)* Callarás, miserable!

ANT. *(tambaleándose.)* Qué es eso? Qué hace? Ah! tunante! Ladron! La guardia!

VIC. Si no callas, te despedazo. *(le arroja al suelo con violencia de un terrible empellon.)*

ANT. Canario, que puños tiene el señorito este.

VIC. *(apoderado del talego, saca del bolsillo del pecho de Santiago, que está moribundo, una cartera y de ella unos billetes de banco, dejándola en el suelo junto á Santiago.)* Ahora tengo con que vivir y viviré. *(vase.)*

ANT. Es que me ha dado un golpe ese bárbaro que me ha quitado la mitad de la chispa; porque yo estaba borracho. Pero á ese pobre hombre que le ha robado. Eh! oiga usted; levántese usted de ahi. Calle! Como!.. Cuanta sangre! Está herido! Está espirando!

SAN. Ah! mi muger! mi hija!

ANT. Pobre hombre! su muger! su hija! Me parte el corazon. No tenga usted cuidado. No faltará una buena alma que mire por ellas... por mi parte haré lo que pueda. Como se llama usted?

SAN. Ahi, ahi, (*señalando la cartera.*) Dios mio!.. ah! (*le alarga la cartera y espira.*)

ANT. Ha muerto! (*mirando un papel de la cartera.*) Santiago Contreras se llama... Se llamaba este infeliz (*se guarda la cartera.*) Y ese infame le ha muerto... con mi gancho, tal vez... Eso es, aqui está. Y yo tan inocente que le impedí que se matára; para qué? Para que matase á este pobre? Si yo le hubiera dejado saltarse la tapa de los sesos, ahora viviria este padre de familia. Oh! yo tengo la culpa: si hubiera venido antes!... Maldito aguardiente! Por beber! por emborracharme!.. Juro á Dios no volver á probar ningun licor; lo juro sobre el cadáver de este infeliz... Pero qué hago en este sitio? Si llegára la justicia puede que pegase conmigo. Como yo vea á ese infame en alguna parte! Oh! no se me despintará, aunque pasen cien años. Alguien se acerca: es una patrulla; huyamos.

(Apaga la linterna y se vá, llevándosela con la cesta y el gancho. Sale una patrulla de guardias; al atravesar la plaza el cabo repara en el cadáver y se dirige á él con los soldados; al mismo tiempo cae el telon.)

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO.

## CUADRO PRIMERO.

El teatro está dividido en tres partes. La primera á la derecha del actor, es una boardilla cuyo piso debe estar ocho piés mas alto que el tablado, ocupando á lo ancho una tercera parte de la escena. La segunda inmediata á esta, es una escalera de la casa para subir á la boardilla con dos mesetas, una al piso de la puerta de la boardilla para entrar en ella, y otra al del tablado para entrar en el cuarto inmediato, que es el que forma la tercera division del teatro, ocupando el resto del ancho la escena, y el cual se supone ser un cuarto tercero, cuyo p está en el tablado. El bambalinon que forma el marco de e cuadro, descubre la altura ordinaria del escenario en la pa de la boardilla y de la escalera de esta, y desciende mas en parte del cuarto tercero que es una pobre habitacion. Desde piso de la boardilla abajo nada se ve por estar cubierto fre al público con pared todo lo que ocupa de ancho la boardi y debajo, delante de esta pared, se hallará abierto el tabla con una barandilla de frente al espectador, por entre la cua la parte de pared que desciende desde el piso de la boardi habrá una escalera que sube desde el foso, suponiendo que la de la casa, y cuya meseta visible es el mismo tablado escenario: esta escalera conduce á subir á las dos habitacio que están á la vista del público, y al bajar se supone es á otros cuartos de la casa y al portal. La boardilla tendrá puerta frente al público, en el rincon de la izquierda; e habitada por el tio Antonio: tiene en el fondo una cama pob cubierta con una cortina vieja: hay además una mesa a derecha, sobre la cual está el farol del Trapero, un candel de barro con un cabo, un puchero con agua y encima d mesa, en la pared, un pedazo de luna sostenido con clav Habrá un taburete viejo sin respaldo junto á la mesa, dos si deterioradas al otro lado, entre las cuales estará la cesta prólogo, vieja y remendada con piel, y el gancho. El cu negruzco y estropeado sólo tiene una ventanita guardill impracticable por su altura, y á la derecha una puerta fig que da á otra pieza.

El cuarto del piso tercero es la habitacion de María Con ras; tiene á la derecha la puerta de entrada: en el fondo ventana y á la izquierda otra puerta que da paso á las de piezas. Es tambien pobre, aunque blanqueada, á la derec en los tercios de la escena, hay una mesita de labor con útiles para coser y un velon de hoja de lata encendido. E fondo, delante de la ventana, que estará mas á la izquierda al medio del cuarto, habrá una hornilla de planchar, una puerta con carbon y avios de encender. A la izquierda, co la pared, una mesa con tapete de coton hasta cerca del sue un espejo de media vara encima, en la pared del fo.o, derecha, una percha con algun vestido. En la escena va sillas de vitoria usadas.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *el* TIO ANTONIO.

(Es de noche, María aparece concluyendo un vestido blonda negra con viso de raso color de rosa. El tio Ant durmiendo en su cama, que oculta la cortina.)

MAR. Deben de ser mas de las once. Ay! los dedos se cansan y la vista me va faltando... Apenas puedo te la aguja... Estoy tan abatida, no sé por qué, y con u ganas de llorar!... Pero es preciso acabar este ves para llevarlo mañana temprano. El fuego se ha conc do, me he olvidado de echar carbon, y el velon qu dejarme. *(lo atiza.)* Ah! qué frio!... Me he qued helada, como una muèrta: muerta! Ojalá! Por qué habré seguido á mis padres al sepulcro? Qué muerta que verme sola, sin un apoyo, trabajando si pre, y siempre en la miseria! Y este vestido que n acaba nunca! Si al menos viviera mi madre, trabaj con mas gusto, con mas ahinco, porque tendria trabajar para las dos. Pero desde que estoy huérf no tengo afan por la vida, la muerte me es indiferent y este vestido!... Lo que dura! Nunca le veré acab Mal haya!... Qué fastidio!... A cada paso se me ro la hebra. *(enebra nuevamente la aguja.)* Y al cabo, qué trabajo tanto? De qué disfruto hasta ahora? Qu lo que me prometo en adelante? Nada; un afan co nuo, trabajar noche y dia, y siempre sola, siempre escasez, con miseria; hé aquí mi suerte! Ah! yo siera unirme á mi pobre madre; quisiera morirm

Pero no tendré ese consuelo; coser y no mas; coser á todas horas... Por fin he acabado el vestido, gracias á Dios.

(Pone la aguja y el dedal en la almohadilla, sacude el stido que ha concluido, pone el velon sobre la mesa del pejo y se quita la humilde bata que lleva para probarse el ıge de blonda.)

Vamos á ver qué tal sienta. Su dueña tiene casi el mismo cuerpo que yo. *(Mirándose al espejo con cierta complacencia.)* Dichosa ella que puede llevar este lujo, mientras que yo, pobre de mí!... Cómo llamará la atencion con este traje! Cómo la rodearán para elogiarla, para... Oh! pues no le estará mejor que á mí; pero de qué sirve tener tantos atractivos como ella, si nadie ha de repararlos? No estoy condenada á ser siempre pobre? Podré yo jamás ser dueña de un vestido como este?... Es particular; cuando me miro al espejo se me figura que sí, que algun dia llegaré yo á poseer trajes lujosos; él me lo dice; el espejo; lisonjero! Cómo mientes!... Y no me cabe duda; yo puedo llevar el raso y la blonda con tanta elegancia como otra cualquiera... Qué bien estaria con este traje color de rosa, llevando al cuello un collar de perlas y un prendido de lo mismo! Qué bien! *(animándose.)* Y despues una carretela abierta para ir al teatro... no, al baile. Oh! á Villa Hermosa; hoy es el último baile de máscaras. Si yo estuviera allí de este modo, de cuántos adoradores atraeria las miradas! Cómo oiria decir, qué linda es! Y yo pasaria haciéndome la desentendida, como si tal cosa no oyera. Despues un jóven elegante me sacaria á bailar, me amaria tal vez; yo tambien le amaria, nos casaríamos al fin, y viviríamos dichosos, tan dichosos, tan... Ah! no, no; qué loca soy! Y sin embargo, otras tienen toda esa felicidad; yo me moriré sin conocerla! *(se oye en la calle algazara de máscaras que transitan.)* Cómo se divierten! Van á los bailes de máscaras... Cómo ha de ser!... Para mí no se han hecho esas diversiones; para mí el trabajo, la fatiga, la escasez y la muerte! *(le echa una mirada al espejo, y da un suspiro.)* Ah!

## ESCENA II.

*Dichos y* CECILIA, PAQUITA, HONORIA *é* ISABEL, *con disfraces decentes y de no mal gusto; pero de poco lujo. Suben por la escalera.*

. Si sé que estaba tan oscura la escalera, no le permito á Pepe que se quede abajo. Vaya una gracia! El farol apagado y el portal abierto.

. Toma, el portal está abierto toda la noche, como que viven tantos aguadores en el patio...

. Mujer, ahora habia de estar acostada.

. Quiá: apuesto á que está trabajando: desde que se fué del obrador no para nunca.

Qué tonta! Y siendo hoy martes de carnaval! *(Cecilia se va delante, llama)*

. Quién?

. Abre, Mariquita.

AS. Abre, abre. *(abre y entran.)*

Toma! Pues si la encontramos vestida; y qué elegante!

Yo que creí que estaria acostada!

. Y yo que estaria trabajando.

Y á dónde vas?

. A ninguna parte: estaba probándome este traje que está concluido para la marquesita de Casa-Vicente, ya sabeis...

CEC. Sí, si: es que venimos por tí, conque á ver si te vienes.

MAR. Pero á dónde?

HON. Toma, al baile, á Villa-Hermosa; es la última noche.

MAR. Yo bien iria: pero si no tengo nada que ponerme!

CEC. Tienes mas que irte así?

MAR. Con este traje que no es mio? Oh! no.

HON. Y eso, qué importa? Por un rato que le vas á llevar..,

MAR. De ningun modo.

ISA. En echándole luego cuerpo al viso...

PAQ. Aquí te ha sobrado raso.

MAR. Oh! no me atreveria. Si le conociesen...

CEC. Quién?... Su dueña aun no le habrá visto concluido: además, como está convaleciente, segun dicen malas lenguas, de la enfermedad que ha tenido por la muerte del baroncito, no sale jamás.

MAR. Con todo, iria yo con el alma en un hilo: no, de ningun modo.

CEC. Cómo que no? Perderás esta ocasion de divertirte y de acompañarnos?... Mira, tenemos cinco billetes: nos los han regalado: Pepe me ha dado dos á mí, y á ésta le ha dado otros tres Eduardo: sin mas condicion que la de que no se ha de colgar de su brazo en toda la noche

HON. Mira qué malo! Como si él nos hiciera falta para divertirnos! En llevándonos al ambigú...

CEC. Eso sí lo hará, porque es muchacho de provecho. Verás qué buena noche pasamos. Segun dice, estará el salon que no se podrá dar un paso: pero nosotras bailaremos, aunque sea en el aire. Vamos, vamos, te vienes?

MAR. Pero mujer!

CEC. Nada, lo dicho: así como así te cae ese traje divinamente.

MAR. De veras, me esta bien?

HON. Ya lo creo: darás golpe, chica.

MAR. Pero si no tengo ni un prendido, ni careta, ni nada.

CEC. En cuanto á careta, yo le haré á Pepe que está abajo, que te tome una si no tienes dinero: por lo que hace á prendido, verás qué pronto lo tienes: ó somos modistas, ó no lo somos: aquí hay raso y blonda todavía, las tigeras.

MAR. Mujer!...

ISA. Ven, te peino un poco.

(La sienta Isabel, y la peina, tomando el peine de una caja de carton que hay sobre la cómoda: entretanto Cecilia y las otras hacen el prendido con la mayor rapidez.)

MAR. Jesús! Qué locura! Para la primera vez que voy á Villa-Hermosa, voy á estar con una zozobra!

ISA. Y por qué? en lo que debes pensar es en divertirte, que mañana Dios dirá. Está una trabajando toda la semana, y cuando llega la ocasion iria á desperdiciarla!

CEC. Y qué ocasion! Dame otro alfiler. *(á Honoria.)* Yo pienso embromar á una porcion. Sabeis quién vá tambien? El tunante de Florencio: vá con la Dolores, que lleva el traje de valenciana de la Antonia, aunque ella cree que nadie lo sabe: buen rato les he de dar á los dos: cuando no me las paguen! Corta pronto. *(á Honoria.)*

HON Aquí un lazo.

CEC. Ten así. Y á la puerta tenemos coche: pero no permitiremos en él á Pepe; nosotras solitas; porque como es tan pillo, y luego se alaba de lo que no hay! Cuando íbamos á subir por tí, le dige: Señor mio, si viene la Mariquita somos cinco, y apenas cabemos... conque ya lo sabe usted; y no hay mas, se irá pié; porque tambien, como esa es tan mirada!...

MAR. No, él puede subir, y yo me iré á pié con una de vosotras.

CEC. Tú déjame á mí, que yo sé lo que hago. Estás peinada?

ISA. Sí.

CEC. Pues á ver, dos horquillas. *(Isabel se las dá, Cecilia coloca á María un elegante prendido improvisado.)* Ten aquí: á ver; eso es, la otra aquí; espera, á ver, mírate. *(María se levanta y se mira al espejo.)*

MAR. Qué precioso! Y qué bien me cae, verdad?

CEC. A tí todo te cae bien: estás divina! *(la da un beso.)* Ea; andando.

MAR. Espera. *(se pone un pañuelito sobre los hombros.)*

CEC. La luz, la llave, paso redoblado, marchen. *(á Honoria.)* Cualquiera creerá que soy de tropa; pues ni esto. *(con la uña del pulgar en los dientes de arriba.)* Tarará, tarará tatá, tarará, tarará; taitaitá, taitaitá, taitá. Vamos, corre. *(pellizcando á Isabel que da un grito.)*

ISA. Ay!

MAR. Qué loca eres!

CEC. Tú conmigo, anda tú.—Tarará, tarará, taitá, tarará, tarará; taitás, tarará...

TODAS. Tarará, tarará taitá...

(Bajan la escalera con gran algazara despues de haber cerrado la puerta de su cuarto, María con precipitacion. En la calle aun se las oye hacer la mascarita.)

## ESCENA III.

EL TIO ANTONIO.

Ah! á á! se me habia figurado oir qué sé yo que ruido. *(se levanta y enciende la linterna con un fósforo.)* Ya debe ser hora para los enamorados y los traperos; á divertirse los unos, y los otros á trabajar; al avio. *(toma la cesta, examinándola.)* Qué vieja está ya la pobre, como su dueño, por mas remiendos que la hecho me quiere abandonar. Como que ya tiene veinte años; desde el dia en que prometí á Santiago velar por su hija... Vamos á trabajar. *(óyese en la calle algazara de gentes qve pasan de máscara.)* Qué algazara! Ah! si es martes de carnaval. *(sale y cierra, baja y se para á la puerta de María.)* Vecina? Eh? *(llamando quedito.)* Sin duda ya se ha acostado: cuando ella deja su trabajo empiezo yo el mio.—Buenas noches.—Está durmiendo, no hagamos ruido. *(echa á andar de puntillas, y se va por la escalera abajo.)*

MUTACION CON CORTINA.

# CUADRO SEGUNDO.

Una pieza del Ambigú de Villa-Hermosa; en el foro se ven cerrados los balcones que dan á la calle, una mesa larga á cada lado en el primer término, y sillas. Gentes cenando ó bebiendo con disfraces ó sin ellos: y por el fondo atraviesan otras. En la mesa de la derecha están levantándose los que la ocupaban y se van con cierta algazara, bullicio y guirigay de máscaras.

## ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DEL JUNCO, *leyendo una carta, luego salen* PERALTA, SOTILLO, SANTOS *y* LUIS; *algunos pueden llevar dominó negro, pero ya sin careta.*

CON. *(leyendo.)* «Señor conde: mucho siento que sea usted tan poco afortunado conmigo al pedirme la mano de mi hija, como lo fué usted con ella cuando tra de honrarnos con la misma pretension; entonces afecto que Clara profesaba al Baron, con quien iba casarse, la impidió corresponder al que usted la ma nifestaba! Hoy mi palabra de honor empeñada á fav del hijo de mi difunto amigo y compañero Villanuev me prohibe el complacerle. Doy á usted las gracias p el favor con que ha querido distinguirnos en amb ocasiones, y espero que disponga usted de todos mod del afecto de su verdadero amigo Q. B. S. M. El ma qués de Casa-Vicente.» Muy bien, los dos me h desairado. Acudí á la hija cuando estaba seguro de q el Baron solo en ella encontraba apoyo, y la hija, q aunque no estaba enamorada, veia alhagado su orgul con las riquezas y el lujo que ostentaba el Baron, de estimó mi amor, que era verdadero; hoy que solo capricho ó un interés calculado puede inclinar á padre á favor de don Luis, pues ella no le ama, el pad me la niega: muy bien; del Baron ya estoy libre, vengado de la ingrata; falta pues libertarme de e don Luis, castigando del mismo modo al petula marqués.

PER. Pepe, aqui, aqui hay una mesa: nos dejan una mes

SOT. Gracias á Dios! Mira, Luis. ¿Luis no cenas tú?

LUIS. He cenado. *(con aturdimiento mirando al foro.)*

SOT. No importa, nos harás compañia; mozo esta m es nuestra. *(se apodera de la misma antes que la hay desocupado del todo los que habia: otras gentes se ac can y tienen que renunciar.)*

MOZO. Para cuantos cubiertos?

SOT. Ellas creo que son cinco, porque traen una an guita, y nosotros... *(reparando)* Conde, buenas noch Con usted somos diez. *(al mozo.)* Para diez cubierto

LUIS. Lo que es á mi no me espereis: voy detrás de u chica que debe valer un Perú; se me ha escabulli y si no la encuentro, voy á romper la cabeza al prim que me salude.—¿Pues no me ha parado un fatu El ha tenido la culpa, como le encuentre!.. Como la encuentre á ella, perdone usted, paso. *(á unas gen que le obstruyen y se vá).*

SOT. ¡Que tronera! Quién dirá que está en vísperas casarse!

SAN. Pobre marquesita de Casa-Vicente! Buen paso l vará la dote en manos de Luis.

SOT. A bien que de lo suyo gasta. El marqués su sue es su tutor al mismo tiempo, y quien sabe...

PER. Oh! pero es sugeto de providad el marqués.

SOT. Asi dicen; pero como es tutor y casa con su hij Luis...

SAN. Que es tan trueno!

CON. Como! El caballero que acaba de irse de aqui, ese don Luis que se casa con la marquesita?

SOT. El mismo.

CON. No le conocia personalmente, pero habia oido hab de él: de sus calaveradas.

SOT. Y de nada mas?

CON. No.

SOT. Oh! pues aunque tiene la cabeza algo á las on yo le quiero mucho, es un buen chico.

PER. Pero á todo esto, las muchachas no vienen?

SOT. No faltarán.

PER. ¿Y si no nos encuentran?

SOT. Aunque te hicieras invisible, aunque te evapora te encontraria la Cecilia; si, pues lerda es la ni Mozo, dame una lista: te voy á marcar mis platos voritos, y en empezándose el tiroteo, me los vas cando por el órden de antigüedad que voy á marca al márgen; romperás la marcha con las ostras: *(r con un lapicero en la lista).*

. Conque al fin se verifica la boda de ese caballerito on la bella Clara?

. Si, conde, se enlazan; pongo el número tres á la ngua estofada.—Si señor, mi amigo Luis se casa. -Ahora caigo en que usted era uno de los adoradores e su futura.

. ¿Yo?

Desdeñado, por supuesto.

. Usted se equivoca.

No hay que picarse; acompaña usted á otros mu- nos: ella jamás se pronunció sino por el difunto roncito, que murió de una estocada poco antes de olver Luis á Madrid. Hombre, nunca se ha sabido nién fué su adversario, aunque aqui para entre los os, algunos le han colgado á usted el milagro.

. ¡Que disparate! Jamás tuve con él la menor cues- on: creo que llegué á hablarle dos ó tres veces.

. Con una basta para... Uy lenguado, número cua- o.—No hay nada que decir por eso, acerca de la putacion de la futura de mi amigo; pero siento que no esté enterado de aquel lance, porque como es n tronera, no sé por dónde lo tomará, si lo sabe spues de verificada la boda.

. Oh! los maridos nunca saben esas niñerias; y mas ando nadie se ha atrevido antes ni despues de la tástrofe á suponer en Clara la menor mancha.

Eso es verdad... y lo otro tambien; lo de que los aridos nunca saben... Ola! Caracoles en salsa! Cara- oles, me gustan: número 5. Pondremos el 6 á las uchas escabechadas: número 7, cangrejos; toma, se ntinuará. (*se la dá al mozo.*) Ahi tienes numerados is placeres... los mas positivos de Villa-Hermosa.

## ESCENA II.

*Dichos* Luis.

. Reniego de Villa-Hermosa: no he podido hallar á a máscara que se me ha escabullido: que talle, ico!

Vamos, vamos, juicio, señor novio! si lo supiera pá suegro!

. Nada, chico; ya me conoce, y en tu vida has visto tutor mas condescendiente; no tengas cuidado que llame á engaño. No puedo decir otro tanto de su ja, porque apenas la conozca; mientras yo me édu- é, ella estuvo en un colegio; cuando la trageron á sa, salí yo para mis viages, de modo que apenas la tratado.

Y te casas así tan... tan...

. Tan qué, acaba.

Tan á ciegas.

. Hombre, yo creo que en materia de casamientos, que mas mira, menos vé: además, su padre, mi res- table tutor, ha tenido tantas condescendencias con- igo, que hubiera sido una ingratitud no tener yo con una siquiera: me propuso su hija, ella es bonita.

Ah! él le propuso á usted... (*acercándose.*)

. Beso á usted la mano; á quien tengo el honor de...

Es un amigo, cena con nosotros.

Soy el conde del Junco, para servir á usted.

. Gracias.

Muy gastador, (*á Luis ap.*) muy buen chico, y fa- oso tirador de pistola y de florete.

. Pues, como decia; mi tutor me ofreció su hija; yo epté y me caso por hacer algo, ó cuando menos por riar de direccion en mi vida agitada. He gozado gamente gracias al marqués, que nada me ha esca- ado, que me ha dejado dueño absoluto de mi conducta y de mi dinero; verdad es que yo nunca he arreglado cuentas respecto al uno ni á la otra; he corrido como un loco hasta ahora detrás de los placeres, de la feli- cidad, y te aseguro que si consiste en el bullicio, en las diversiones del salon y del tapete-verde, en engañar y ser engañado por las mugeres, en reventar caballos y variar de carretelas, en apurar los placeres del vino, en los desafios prósperos ú adversos. Si la dicha, en fin, está fundada en esa multitud de emociones que se anhelan hoy, y mañana causan hastio, debo yo ser el mortal mas infeliz de la tierra.

Con. Oh! ahora le aguardan á usted nuevos goces: pla- ceres mas tranquilos, que yo le deseo á usted muy de veras.

Luis. Gracias caballero. (Me fastidia este hombre tan entrometido y tan...)

Sot. Conque dime, (*cogiéndole del brazo y paseando.*) tú te casas con Clarita así, sin haberla tratado, sin saber si te ama?

Luis. Sin nada; me caso porque mi amable tutor dice que ese es el modo de sentar la cabeza; porque es tan bueno, que habiendo yo derrochado, segun él me ase- gura, cuanto me dejó mi padre, quiere castigarse de su condescendencia para con mis locuras, dándome su hija y con ella su dote, y la herencia que la destina... Ya ves si debo estarle agradecido: aunque yo creo que no vá á ser él el castigado, sino su hija, porque, la verdad, yo me temo á mi mismo; cuando pienso en que voy á tener á mi lado una jóven inocente y bien educada, como me la figuro... pobrecilla! no le arrien- do la ganancia; todavia estoy algunas veces por renun- ciar á todo, antes que hacerla víctima de mis malos hábitos y mis...

Sot. Vamos, Luis, que no eres tan malo como tú te figuras. (*se paran, el conde se acerca á ellos.*)

Luis. Y aun querias que reparase en si me amaba ó no? Que disparate! Basta que no me aborrezca, para que yo me dé por muy satisfecho: además, he hallado tantas que me juraban cariño cuando me la estaban pegando, que quien sabe si esta... Si me parase un poco, no digo que no cambiase de propósito; pero Dios me libre de formalizarme en materias de amor; enton- ces concluiria por decir que no lo he conocido verda- dero jamás; ni espero conocerle; no sé si consiste en mi ó en ella; lo cierto es que no he encontrado una que me dé la felicidad; todas han querido vendérmela; solamente ahora que ya no tengo conque comprarla, es cuando...

Con. Oh! ahora la paga usted á mas precio; dá usted su mano por ella...

Luis. Caballero!

Con. Sin embargo, yo le doy á usted mi enhorabuena!

Luis. Gracias. (*despues de una pausa*)

Per. Dejad esa conversacion; (*á Luis*) chico, lo que queda de noche lo vamos á pasar bien: esperamos cua- tro muchachas muy lindas, ó por mejor decir, cinco, porque he visto con ellas otra mascarita de talle agra- ciada.

Luis. Y qué clase de ganado es?

San. Son modistas!

Luis. Bravo! No me disgusta ese género!

Sot. Te advierto que una de ellas es mi trapicheo.

Per. Y otra es una de los mios; pero no soy celoso.

Luis. Sé respetar la propiedad agena; además no son cinco?

San. Que entre tres, (*se señala á sí, al conde y á Luis.*) á una.

Luis. Cabal! Santos, siempre el mismo; como buen co- merciante, todas las cuestiones las reduce á números.

San. Estoy por las ciencias exactas, otros trabajan con el corazon, yo con la cabeza.

Luis. Quién habla aqui de corazon?.. Cuando yo entro en un baile, el corazon le dejo con mi paletó, ó con mi paraguas en el guarda-ropa.

San. Bien hecho; y á la salida te lo pones y... eso es, te lo pones.

Todos. Ja, ja, ja...

Luis. Me hace gracia Santos con su cachaza; ja, ja.

Con. Tambien me hace (*que ha continuado riendo.*) á mi mucha gracia, (*dirigiéndose á Santos.*) la ocurrencia de este caballerito; ja, ja, ja, dice que se deja el corazon en el guarda-ropa; ja, ja.

Luis. (Se burla?)

Con. Y no le ha sucedido á usted nunca el no hallarlo á la salida?

Luis. Lo que no he hallado yo nunca, es un ente que me cargue tanto como usted.

Con. Se chancea usted?

Luis. Lo digo muy formal.

Con. Caballero!

Luis. Lo repito.

Todos. Señores, señores.

San. Pero, á qué viene eso? Entre amigos!..

## ESCENA III.

*Dichos*, Maria, Cecilia, Paquita, Isabel, Honoria *y otras máscaras que se dirigen á la otra mesa.*

Cec. Aqui estan, aqui estan.

Las otras. Ola! ola!

Mar. No me dejes, Isabel. (Estoy abochornada.)

San. Mozo, lo consabido. (*poniendo sillas al frente.*)

Cec. Yo quiero que Pepe esté á mi lado. (*á Santos.*)

San. Bien, aqui.

Hon. Eduardo, junto á mi.

Per. Luis este es tu puesto, sillas: (*al mozo*) tú aquí, Isabelita, Luis, eh? (*Sotillo ha logrado apaciguar á don Luis y al Conde.*)

Luis. Corriente: sino ha sido esa su intencion...

Sot. Qué disparate! El conde es incapaz...

Per. A la mesa, á la mesa.

Con. Con mucho gusto. (Yo le haré saltar.)

Luis. Si yo he cenado; pero... Diantre! La mascarita que habia perdido! Me sentaré á su lado. (*toma una silla y se dirige con ella al lado de Maria. El conde que habia tomado otra la coloca antes y se sienta al tiempo que llega don Luis.*)

San. Mozo, el número uno, y á ver como te portas.

Cec. Los pepinillos.

Hon. La manteca.

Con. Con permiso: yo al lado de la incógnita.

Luis. (Cuando digo que este hombre me carga!..)

Sot. Luis, á la cabecera, tráete silla.

Luis. Paciencia.

Per. Están todas servidas?

Cec. Querido, que falto yo.

Per. Tienes razon, toma; ahora yo.

San. Mozo, llena las copas; (*lo hace el mozo.*) á ver. (*alargando la suya que llena el mozo.*)

Hon. Mira como Eduardo, (*á Isabel y Luis.*) te ha colocado junto á Luisito; no se le ha olvidado que hace dos años... antes que se fuera á Italia... eh? digo algo?

Isa. Muger, de lo que te acuerdas ahora!

Hon. Ingrata, abandonarte á lo mejor! Fué un engaño.

Isa. Qué disparate! Mejor me hubiera engañado si no me abandona.

Con. Y nada nos dirá esta mascarita tan recatada! No quiere usted darse á conocer? Tal vez el amante marido andan por el salon?

Cec. Diviértete, muger: aquí cada una hace lo puede.

Luis. Tal vez esa jóven no podrá hacer lo que las de

Con. Oh! ya la espabilaremos. No cena usted? No siquiera?

San. (*al mozo.*) El número tres debia estar ya aquí.

Con. No responde, ja, ja, ja. Es usted muda?

Luis. Señor conde, bueno seria que respetase uste silencio.

Con. Puede. Pero por qué permanece sin descubri Tan fea es usted, niña, que no se atreve á dars público? O es que nos guarda usted una agradable presa para los postres?

Luis. (*á Sotillo,*) Sabes que ese condesito me rebient

Sot. Pero tú conoces á la máscara?

Luis. No sé mas sino que es una muger de quie burla un atrevido.

Sot. Hombre, qué disparate!

Con. Señores, brindo porque nuestros placeres de noche, nos dejen agradables recuerdos!

Todos menos Luis. Bravo!

Con. Pero, niña, usted no dá señales de vida: parece estátua, una figura de carbon de piedra; ja, ja.

Cec. Déjela usted, conde; como no está acostumbr Es la primera vez que viene á Villa-Hermosa.

Con. Pero no será la primera que se halle en la am compañia de ustedes, y no creo que le falte aq confianza... (*tomando una copa.*) Gusta usted, pre (*movimiento negativo con la cabeza de Maria.*) Ol permito la pantomina, que diantre! Por qué no l ir fuera esa careta?

Luis. Esa jóven conserva sin duda la careta, porque ted la tiene quitada; porque nos vé á todos tales cu somos.

Con! Oh! pues es muy justo que nosotros la veamos cuál es; nada de privilegios, niña. (*va á quitar la ca á Maria y dá un grito*)

Mar. Ah!

Luis. Señor conde! (*levantándose todos menos Santos.*

Con. Fuera la máscara. (*se la quita.*)

Mar. Oh! Dios mio!

Luis. Infame! (*sale de su puesto hácia él, confusion, nos Santos que sigue comiendo.*)

Sot. Luis, qué haces?

Tod. Señores.

Con. Nada; nada: es muy linda: es un hallazgo á fé Y para desagraviarla me la llevo.

(Toma el brazo de Maria para enlazarle con el suyo, se resiste abochornada. Luis llega á querérsela arranca conde, y tirando violentamente del trage de Maria, s rasga desde la cintura abajo.)

Se resiste usted?

Luis. Deje usted á esa jóven, se lo mando.

Mar. Ah! (*al ver destrozado su vestido.*) Qué es lo he hecho! Por qué he salido de mi casa, Dios (*yéndose con muestras de desesperacion.*)

Cec. Hon. é Isabel. Maria! (*deteniéndola.*)

Mar. Dejadme; me habeis perdido!

Cec. Que la hemos perdido! por un trage!

Todas y el Conde. Ja, ja, ja.

Luis. Está usted contento? (*dirigiéndose al conde co nido por alguno de sus amigos.*) No es verdad? usted orgulloso de su hazaña! Ha hecho usted hu una muger! Si consiste en eso todo el valor del se conde...

Con. Mi valor siempre alcanza á no dejarme insu impunemente por nadie.

s. Pues yo le tengo á usted por un cobarde.
. Como? Supongo que se retractará usted ahora mis-
io de esa injuria?
s. Yo no me retracto jamás de mis palabras; lo repi-
), es usted un cobarde!
. Basta, á qué hora vamos á verlo mañana?
s. A las siete.
. A dónde?
s. A san Isidro.
. Con qué armas?
s. Con las que usted elija.
. La espada.
. La espada. (*el conde va á darle la mano; don Luis rehusa.*)
Esa mano.
. Despues del combate, si es posible.
Pero, señores, si la cosa no vale la pena... yo no tiendo...
Vaya un brindis.
Nada de eso, brindaremos en habiéndose acabado do.
Entonces, no beberian ustedes hasta mañana. Mozo, nga Champaña.
(*al mozo.*) Y de camino saca el número 7; sentarse; ñores.
s. Si, si, sentarse.

(Santos no ha dejado de comer aunque se han levantado momento y ha vuelto á sentarse antes de sus últimas ras; los demás, unos siguen al conde á la mesa, otros á que se marcha.

MUTACION CON CORTINA.

## CUADRO TERCERO.

a misma decoracion del cuadro primero; aun no ha ecido.

### ESCENA PRIMERA.

ÑORA AGUSTINA, *con un niño de pecho, decentemente lto y cubierto con un capuchon oscuro, y sube la escalera con precaucion; le trae en un canasto pequeño, despues* MARIA.

No me han visto: si no subo la escalera! Quién a! tal vez alguno de los aguadores del patio. (*reco-e el terreno.*) Lo dejaré aquí, ya que he subido; en uelo; despues me será fácil saber qué vecino lo ha ojido, y ya sé dónde está. Querian que desapare-e para siempre; pero mi proyecto es mejor y mas uano tambien; el niño vivirá, y tal vez me sirva de en cualquier dia: lo que si muriera... angelito... i junto á esta puerta. (*va á colocar la canasta nte de la puerta de Maria y esta se abre.*) Calle! abre! Si me habrá visto alguien? La puerta estaba rta; pero está corrido el pestillo como si hubieran ado en falso. (*hecha una ojeada por la habitacion, uego entra.*) No habrá nadie! Si me estarán ace-ndo! (*se acerca con precaucion á la puerta de la iz-erda.*) Nadie: está sola la habitacion: mejor, aquí. te la canasta bajo la mesa y queda cubierta con el te.) Ya está: ahora huyamos. Logré mi proyecto, y e tenido que regalar nada: todo para mi. (*se toca olsillo del trage, y echa algo de menos con gran acion.*) Dios mio! Y los billetes? (*se registra el bol-, el pecho, entra en el cuarto, sale siempre muy ada*). No los tengo!.. Los he perdido!.. Ah! por aqui... nada, nada; Virgen del Consuelo! Los he perdido! Cuarenta mil reales! Corramos! Tal vez por el camino se me habrán caido... en la calle... en la escalera... hace poco que los toqué con mi misma mano... Ah! suben...

(La señora Agustina se esconde en lo alto de la escalera de la boardilla, desapareciendo á espaldas de esta. Maria entra en el mayor desorden, el cabello medio suelto, roto el vestido y con todas las señales de una completa desesperacion. Llega con la llave en la mano, la mete en su puerta, esta se abre y Maria entra y arroja el capuchon sobre una silla. Luego que Maria ha entrado y vuelto la puerta con violencia, la señora Agustina baja con precaucion y se marcha de prisa.)

### ESCENA II.

MARIA.

Ay! Qué noche! Qué noche tan fatal! (*se quita el vestido y se pone su bata.*) A dónde me ha conducido este maldito trage! Cómo pagarle! Cómo presentarme á su dueña! Se sabrá... Ellas mismas, las que me han arrastrado á ese baile para perderme, lo dirán. No oí yo sus carcajadas cuando me iba? Y para pagarlo tendré que trabajar un año sin comer, sin descansar. Un año? Quien sabe... toda mi vida... Sí, porque mi vida debe ser muy corta; y para que quiero vivir? No estoy condenada á no salir de este sepulcro? Entre esos placeres que he querido gozar una vez, se halla el delito, la verguenza; esa felicidad está llena de remordimientos. Por fin los he abandonado. Pero Dios mio, por qué no sosiego? Ah, porque, bien lo conozco, para una pobre mujer desamparada, no hay mas alternativa que la miseria ó el deshonor. Si, lo comprendo... No tiemblo tanto al recordar la imprudencia del audaz que me insultaba, como el acordarme de lo que esperimenté delante del que me defendia; me seducia su voz, su ademan me fascinaba. Oh! no quiero, no quiero volver á buscar esos placeres que acabarian con la paz de mi alma; no quiero precipitarme en el abismo en que las otras se hallan... Allí el crimen, el deshonor, y aquí la pobreza, la desesperacion! No, aquí la muerte. Si, aun puedo morir honrada; digna todavia de unirme á mi pobre madre. Estoy resuelta, no sufriré ya mas, mi muerte no arrancará á nadie una lágrima... Ah! mi pobre vecino, ese infeliz anciano, tal vez; le dejaré mi último á Dios en una carta. (*se pone á escribir en la mesita.*) Por debajo de la puerta podré introducirla. (*escribiendo.*) «Padre mio, pues usted es el único á quien he podido dar este nombre tan dulce, yo no puedo suportar la vida... quiero morir... cuando usted lea esta, no existiré. Le suplico á usted que venda lo poco que hallará en mi cuarto, y que entregue el dinero á la dueña del vestido que encontrará usted hecho pedazos, Espero que me enterrarán en el mismo hoyo que á mi madre.» Los pobres tenemos todos una misma sepultura. Ruegue á Dios por Maria. (*cierra la carta, sale de su cuarto y sube la escalera hasta desaparecer.*)

### ESCENA III.

LUIS *sube; llega á la puerta del cuarto de* MARÍA, *empuja, entra poco á poco y lo reconoce.*

LUIS. Este vestido... es el mismo; aquí vive. Haciendo tan poco que ha entrado, ya ha vuelto á salir de su cuarto? La he seguido; porque á la verdad, ya que voy á darme de estocadas por ella con aquel ente antipático, no quisiera perderlo todo; la muchacha es linda, y

puesto que iba en compañía de aquellas locas, no debe ser ella una virtud romana. A dónde habrá ido? Siento cierta emocion... y no es porque tenga que batirme, este duelo le deseo mas que ninguno de los que he tenido; quiero habérmelas con un provocativo insolente que confia en su destreza... Amor no puede ser lo que me agita, porque yo no creo en esa pasion; además, esa jóven iba acompañada de las queridas de mis amigos, y seguramente no es en compañía del diablo donde se pueden hallar los ángeles. Es preciso que yo la vea; se apuraba porque la rasgué el traje, y ese es un bellísimo pretesto para insinuarme y sondearla, y si se presenta bien, y el conde no me inutiliza un brazo, ó me saca un ojo... veremos.

(*María que ha bajado de la boardilla entra en su habitacion.*)

MAR. Un hombre!

LUIS. Perdone usted, señora; me he tomado esta libertad... hace poco rato que nos hemos visto en otra parte.

MAR. Sí... con efecto y le doy á usted las gracias...

LUIS. Oh! Ciertamente que no las merezco, pues aunque sin querer la he ocasionado á usted un disgusto, he venido á cumplir con un deber; cansado de las provocaciones de un insolente, que sólo trataba, creo, de apurar mi poca paciencia, he cometido la torpeza de estropearla á usted un vestido riquísimo; poniéndola, segun parece, en un gran apuro; pero es el caso que ese vestido era, segun me han dicho, para mi novia.

MAR. Ah! es...

LUIS. Mi futura, sí señora; y claro está que siendo el vestido para la marquesita de Casa-Vicente, y habiendole roto yo, puede decirse le ha roto ella misma.

MAR. Doy á usted las gracias...

LUIS. No, en esto no hay nada que no esté muy en el órden; pero diré á usted mas. La he visto á usted salir del baile tan afligida, tan fuera de sí por la pérdida del traje, que me ha parecido que de ningun modo debe usted estar tan provista de medios de subsistencia como de belleza, y la he seguido á usted para tener el gusto de ofrecerla mis auxilios, como persona en quien usted ha excitado simpatías, y que sabe apreciar las bellas cualidades y los atractivos personales que á usted la adornan.

MAR. (*ruborizada y sin poder contestar.*) Caballero, yo no soy!... (Ah! qué vergüenza!) Salga usted sin embargo... (*movimiento de sorpresa y atencion de éste.*) Yo aprecio... quiero decir... no acierto... gracias, caballero... retírese usted... Ah! (*cae sentada en una silla medio de espaldas á Luis. El tio Antonio sube y entra en su boardilla con todos los adminículos, y un puchero donde se supone que hay leche.*)

LUIS. (Qué es esto? Esa turbacion... Veo que he estado poco diestro; hay en ella un resto de pudor... ó es acaso el orgullo... Ciertas mujeres se ofenden mas de las palabras que de los hechos. (*pone con disimulo un bolsillo con dinero en la mesita.*) Volveré si la espada del conde me lo permite.) Señora, me retiro, repito que puede usted contar conmigo como con un amigo, uno de sus mas ardientes apasionados. (*María que se ha levantado, le interrumpe haciéndole temblando una rápida cortesía.*) A los piés de usted. (*se retira, María da un paso para cerrar la puerta, ve el bolsillo sobre la mesa, le coge con viveza y dice:*)

MAR. Cielos! Caballero, caballero. (*cortada.*) Se dejaba usted olvidado... (*le alarga el bolsillo confundida de rubor.*)

LUIS. Dios mio!

(Toma lentamente el bolsillo, contemplando la actitud de María, al cogerlo con agitacion, aprieta su mano convulsivamente. María la retira y levanta la cabeza con dignidad, Luis conmovido dice:)

Gracias.

(Hace á María una profunda cortesía muda, á que contesta con otra bajando los ojos, y don Luis dice:)

Ah!... Si me matará el conde? (*vase precipitadame*

MAR. (*con esplosion.*) Infeliz de mí!... Acabemos.

(María hace los preparativos para suicidarse... Lo pri escribe un papel que clava con un alfiler al vestido de bl el cual cuelga en una percha; cierra perfectamente las vi ras de la ventana, igualmente la puerta de entrada y la q al interior; coloca alguna ropa en las rendijas de debajo puertas y tapa los agugeros de las cerraduras. Echa carb la hornilla, lo enciende y se arrodilla delante del cuadro Vírgen. Entretanto el tio Antonio vuelca la cesta en el su sentado en un taburete bajo y sin respaldo, y colocando el en la mesita, va con el gancho recogiendo sus trapos, haciendo varios montones.)

ANT. Vamos al rebusco con toda la escrupulosida que de nada ha de hacer algo, entre tanto se levan María, y podré bajarla, como todos los dias, su pi rito de leche para el desayuno. A ver que tal ha si noche para mi cesta; veamos si hay algo de bueno lo que nadie quiere; entre los residuos que arroja vecinos de esta heróica villa.—Válgame Dios! Qué tan miserable es la corte de España, vista en la ces un trapero! Y en resumidas cuentas, todo, lo grande como lo mas pequeño, viene á parar aquí. se encuentran los últimos restos del amor, de la za, del poder, de la gloria, de todo, en fin; to halla aquí reducido á papelotes, huesos raidos y jos, que aun han de servir. Veamos. (*lee un papel.*) acciones de la sociedad nominada la ilusion, van muy buscadas á causa de las garantías, y los med prosperidad, que presentan sus estatutos.» Trap po. (*lee.*) «Ninguna afeccion personal, ningun i privado conduce la pluma de los redactores.» Al cesto. Este es manuscrito, una cartita. (*lee*) « de luz, mi sangre, mi vida, todo mi sér te sacri contento.» Al cesto. Un pedazo de faldon de una de guardias. Oh! ya pasó, al cesto. Tambien será lida, deshecha, convertida como los demás guiñ en papel, en telas ricas para los vestidos de las gr señoras; esos vestidos pasarán de ellas á otras, no son señoras pretenden serlo; de estas á sus cellas, despues á sus criadas inferiores, de ell mendigo, y del mendigo á la cesta del trapero, volver á dar principio á su existencia, dando la á ese grande círculo de miserias y grandezas, q mí tiene su fin y su principio.—Un periódico e y es de ayer, lo aprovecharemos para el almuerzo las mañanas, ya se sabe, me desayuno con pan y dico, y ya ha de ser hora, porque tengo apet Vamos allá. Qué mas puedo apetecer? Tengo el al to en el bolsillo, y la instruccion en la basura. (*l cado un panecillo del bolsillo, come y lee.*) «Los se suscritores cuyo abono haya terminado, se se renovarlo.» Esto no reza conmigo, yo lo leo g «Males nuevos.» Ola! á ver. (*lee.*) «Triste, espa en sumo grado es para el país la situacion en que colocado... (*se duerme.*)

MAR. (*con voz algo embargada, deslizándose al suelo una silla en que se sentó antes con muestras de ha próxima á la asfixia.*) Dios mio! perdon... Padre Madre de mi alma! (*llamándole la atencion un r* Oh! qué es eso... gemidos! (*levanta el tapete.*) eterno! Una criatura! Una criatura! En mi c (*lo saca del cesto.*) Abandonada! viva! (*con una r*

*en tierra le coloca sobre la otra, y esta posicion se advierte por la laxitud de los miembros de la criatura artificial, que está falta de sentido.*) Está fria! pobrecita! Qué tiene? se muere... Ah! es el tufo, se ahoga... Aire! Dios mio! aire! (*rompe de un golpe los vidrios de la ventana, con la mayor ansiedad abre todas las puertas.*) Qué iba yo á hacer! A matar conmigo é esta criatura, Ah! pobrecita! (*la besa.*) La han abandonado en mi cuarto, y cómo? Oh! Dios no ha querido que yo cometiese un doble crimen, y me ha enviado este ángel para impedir mi muerte.—Vive, pobre niño abandonado, vive; mi alma recobra nueva vida, nuevo vigor por tí, pobre criatura, que necesitas el amparo de una madre que te rechaza. Ah! yo lo seré para tí; yo trabajaré sin descanso noche y dia para mantenerte, y si muero de fatiga, oh Dios mio! me perdonarás el suicidio que intentaba; porque tendré un ángel que me llore y que interceda por mí. (*se entra por la puerta de la izquierda con el niño.*)

. (*despertándose.*) Eh! Cheé! sopla, me dormia... (*lee.*) «Húm! Húm! mientras no dejen el puesto que...» Siempre que leo estas cosas me duermo, así es que ya hace años que leyendo periódicos me duermo todos los dias; acabemos la tarea. (*echa algunos papeles mas y le llama la atencion un paquetillo.*) Qué es esto? Está envuelto. Eh! qué, si me harán los ojos chirivitas? (*enciende en el farol el cabo rápidamente; (leyendo.*) —«El Banco español de San Fernando pagará...» cuatro mil reales; otros cuatro mil! Dios mio! Son billetes de banco, todos de cuatro mil reales, uno, dos, tres, seis, ocho, diez, cuarenta mil reales! Una fortuna! Pobre hombre el que los haya perdido! Digo, no tan pobre. El que puede perder diez billetes de á cuatro mil reales cientos!... Si serán buenos? Bien lo parecen. Vamos, esta noche ya he ganado el jornal; me darán un buen callazgo, y podré comprar una cesta nueva y un manton para María; guardémoslos hasta que parezca su dueño. Dónde los esconderé? Diantre! si me los quitasen! Es mucho cuidado tener que guardar una cantidad tan crecida, y que no es mia. Los meteré en la cartera que conservo del pobre Santiago, y la ocultaré dentro de mi gergon; así dormiré con ellos; es lo mejor. (*lo hace cayendo en el suelo la carta de María.*) Ola! otro paquete; sí, es una carta; qué significa esto? (*la abre y lee.*) María, pobre María, hija de mi alma; tú morir, no. (*corriendo y bajando las escaleras con mas precipitacion que la que le permite su vejez.*) Aguarda, no mueras; María! vecinos! socorro! socorro! (*su voz algo embargada por el susto y la agitacion. María sale de la puerta de la izquierda con el niño en los brazos.*)

Ese ruido! Vendrán á quitármele! (*abrazándose al niño maternalmente.*)

María, María. (*entrando.*)

Quién es? qué... (*estrecha al niño por si quieren arrebatársele.*)

Yo, María! Qué haces? Qué es eso? Esa criatura! esta carta...

Tranquilízese usted, tio Antonio, es mia.

Tuya, tuya. Pero de qué hablas? De la carta ó de la criatura?

De las dos.

Tienes una criatura...

Mire usted. (*enseñándosela.*)

En los brazos... Ah! entónces es imposible que se mate. (*cae en la silla.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

## CUADRO PRIMERO.

Una sala de la casa del marqués; puerta en el fondo, una ventana á la derecha y una á cada lado.

A cada lado, en primer término, un sofá, y delante una mesita de té, dos butacas, y otra silla manuable: sobre la mesita izquierda, escribanía pequeña con campanilla, papel, etc. Sobre la de la derecha un cofrecillo ó neceser pequeño: otros muebles, todo de lujo.

### ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, CLARA *y* ROSA; *el Marqués sentado á la mesita de la izquierda. Clara en pié delante de la otra sacando billetes de banco del neceser, y dándoselos á Rosa.*

MARQ. (Acabemos las cuentas. Haga la suerte que esta tutela tan provechosa á mi posicion y á mi fortuna, no me sea todavía fatal.)

CLA. (*á Rosa.*) Ese billete de quinientos reales á los pobres del barrio. Ese otro á la Inclusa. Este de mil á la presidenta de las señoras de la junta de Beneficencia. Que me traigan los recibos. Llévelo usted todo al mayordomo de mi parte. (*vase la doncella. Clara cierra el neceser.*)

MARQ. (*sentado.*) Todo eso está bien, querida Clara. Esos rasgos filantrópicos con que constantemente te acreditas, contribuyen no poco á la buena reputacion de que gozamos; pero ya sabes que eso no basta para nuestra tranquilidad. Es preciso no dejar el menor pretesto á la maledicencia despues de haberse hecho tan público tu insensato amor al difunto Baron. Tu boda con mi pupilo es indispensable.

CLA. Pero por qué tan pronto?

MARQ. Yo digo que ya se retarda demasiado, y estoy muy arrepentido de mi condescendencia. Este enlace, tres meses há anunciado á todo el mundo y que diferí al principio para dar trégua á tus lamentos por la desgraciada muerte del Baron; empieza á ser mirado con frialdad por Luis; y eso me alarma, me inquieta sobremanera.

CLA. Pues acaso él dificulta?...

MARQ. Desde su duelo con el conde del Junco, á quien tuvo la fortuna ó la desgracia de inutilizar para siempre el brazo derecho, noto en su conducta un cambio que me dá en qué pensar. No asiste mas á los bailes ni á las francachelas: ha perdido su aficion á los caballos, á las diversiones, á las locuras tan propias de su edad... no juega, no gasta... Vamos, no hace nada de lo que es natural en su posicion. Oh! en eso hay alguna causa misteriosa, y esa causa no puede ser otra que algun amor que tal vez haya alimentado en silencio.

CLA. (Ojalá!) Algun amor dice usted?

MARQ. Si, yo he hecho mis indagaciones, y creo que hay de por medio los ojos negros de una modistilla.

CLA. (Ah!) Eso no será nada.

MARQ. La misma de que hace algunos meses te sirves cuando está muy ocupada tu modista. Tu indiferencia para con él, tus dilaciones han dado lugar á esto, y es indispensable cortar ese capricho de mozo, antes que se convierta en pasion. Esa muchacha es tanto mas peligrosa, cuanto que se resiste á sus pretensiones.... yo lo sé, y conozco bien á Luis; si llegara á enamorarse de veras, seria capaz de todo: es preciso oponer á semejante locura el casamiento.

CLA. (Y sacrificarme dos veces á la inconsiderada voluntad de mi padre!)

ROSA. (*por el foro.*) Señorita; ahi está esa jóven que trabaja para casa.

CLA. María? Que entre.

MARQ. No te des por entendida.

CLA. No me haré tan poco favor.

## ESCENA II.

*Dichos y* MARÍA.

MAR. Señorita, perdone usted si vengo á molestarla aun cuando no tengo acabada la obra que me llevé la semana pasada.

CLA. Pues qué ocurre?

MAR. Yo no sé cómo decirla á usted... cómo esplicarla... No he podido concluir aquella ropa blanca, porque es trabajo que requiere mas tiempo; pero como usted ha sido tan bondadosa para conmigo, que ha seguido usted dándome que hacer de cuando en cuando, á pesar de la desgracia que tuve con el vestido, me he determinado, hallándome apurada, á venir á pedirla á usted un favor que apreciaré en el alma.

CLA. Y cuál?

MAR. Que tenga usted la condescendencia de adelantarme cuatro duros. La semana que entra traeré á usted concluida la obra, y del importe podrá usted desquitar esa cantidad, al mismo tiempo que la que corresponde á este mes, para el pago de la blonda del vestido que rompí.

CLA. Bien; pero estraño que usted que es tan arregladita, y tan muger de su casa...

MAR. Es que como ahora no soy yo sola á gastar...

CLA. Cómo?

MAR. Hace tres meses tengo á mi cargo una criatura abandonada.

MARQ. (*á un tiempo.*) Ella!

CLA. (*id.*) Usted?

MAR. Si Señora; un niño recien-nacido que encontré en mi cuarto hace tres meses, la noche del 4 de febrero. (*Clara y el Marqués asombrados se miran rápidamente.*)

MARQ. La noche del 4 de febrero?

MAR. Si señor, la noche del mártes de carnaval; volviendo yo del baile de Villa-Hermosa, encontré mi cuarto, no sé si abierto ó cerrado, porque yo venia muy agitada para poder repararlo, y debajo de una mesa hallé al pobre niño metido en una cestita, y envuelto con ricos pañuelos de batista, á los cuales habian cortado con las tigeras las puntas en que tenia la marca, sin duda. Yo compadecida de aquella pobre criatura, me quedé con ella.

CLA. Ah!

MARQ. (Clara!)

MAR. Qué tiene usted, señorita?

MARQ. Nada. Y usted conserva el niño en su poder?

MAR. Al instante le puse en ama fuera de mi casa, y la he pagado puntualmente los dos primeros meses su salario, además de regalarla y darla todo lo necesario para que nada falte al niño; pero no habiendo podido pagarla á tiempo el tercer mes, se ha cansado de esperarme á los ocho dias, y esta mañana me ha traido á casa el angelito y me lo ha dejado con la mayor inhumanidad; y para llevárselo á otra, es para lo que necesito ese dinero; con que señorita, una vez que usted tiene la bondad...

MARQ. De ningun modo pasará mi hija por semejante supercheria; yo me opongo. Qué fábula es esa con que venia usted á sorprendernos? Usted abusa del interés con que se la miraba en esta casa, por ser hija del p bre Santiago, muerto desastrosamente, siendo cria del señor de Villanueva mi consócio. Que le han dej do en su cuarto el niño sin saber cómo! Vea usted c mo puede atender á sus obligaciones: mi hija empl su caridad con los desgraciados, de ningun modo destina á alentar el vic... En fin, vaya usted con Di

CLA. Padre!

MAR. Déjele usted, señorita: las injurias del señor Ma qués no me afrentan, porque no las merezco; y cuanto al socorro que me niega, venderé muy conte lo poco que tengo, y nada le faltará al pobre niño q Dios me ha confiado. Nada mas replicaré. (*cortesí vase.*)

## ESCENA III.

MARQUES, CLARA.

MARQ. Desventurada! Me has hecho temblar!

CLA. Ah! yo me ahogo: esa ventana... (*va á abri Marqués.*)

MARQ. Creí que te vendia tu emocion, afortunad me estaba yo á tu lado.

CLA. Pero usted me engañó: usted me dijo que muri las pocas horas de haber nacido, y vive!

MARQ. Si es el mismo, yo he sido engañado tambi pronto lo sabré. (*se ha puesto á escribir y llama.*)

CLA. Pero qué hizo usted de él? Oh! si llega á sab mi deshonra... Dios mio! Y si es él, es preciso sac de alli. (*sale Marcos.*)

MARQ. Silencio, imprudente! Pronto, esa carta á su d tino. (*al criado que se va.*) Al menos sabremos á atenernos. Puede que no tenga la menor relacio uno con lo otro. En averiguándolo, veré yo lo qu ha de hacer. De todos modos, lo que es indispens es concluir ese enlace reparador. Ahora es mas nec rio que nunca que te cases con mi pupilo.

CLA. Pero si yo no le amo!

MARQ. Y por qué? Acaso Luis no tiene cualidades di de ser apreciadas?

CLA. Su carácter es violento, y si algun dia llegase á pechar de mí... Ah!

MARQ. Di mas bien que tú siempre parece que te propuesto contrariar mis designios. Sabias mi abi oposicion á que te enlazases con el Baron, y segu fomentando sus esperanzas: le prohibí la entrad mi casa, te amenacé con hacer caer sobre tí tod peso de mi indignacion, y su muerte vino á hacer tente tu inobediencia y mi deshonra. Clara, no qu recordarte lo pasado; solo exijo que me obedezcas gamente en esta ocasion.

CLA. Acaso no hallaré otro hombre con quien tenga nos repugnancia para callar mi infortunio, ó mas para confesárselo que á Luis? Es imposible; ja podré darle mi mano.

MARQ. Pero, infeliz, no has comprendido que mi pu es el único que puede proporcionarnos á tí la fort y á mí el honor, la felicidad, la vida misma?

CLA. Cómo?

MARQ. Escucha, desventurada, puesto que es forzos dime si queda otro medio en nuestra situacion. E juventud, borrascosa como la de Luis, consumí un patrimonio con las locuras propias de quien no pi en otra edad. Cuando estaba yo en la miseria, e desesperacion, conseguí á gran precio, á costa tal de sacrificar mi reposo de toda la vida, conseguí ad rir... es decir, pude juntar un pequeño capital, poco tiempo de haber hallado el padre de Luis á s jero Santiago-muerto á la puerta de su casa, entr

cio suyo, imponiendo en su giro el fruto de mis hondos afanes, solo con el objeto de evitar á Villanueva el ansia que le consumia á todas horas por descubrir al asesino de Santiago, encargándome yo de averiguarlo con todo empeño. No conseguimos saberlo jamás, aunque llegué en varias ocasiones á temblar por el matador á quien una vez descubierto, hubiera visto en un cadalso, pues por algun tiempo no tuvo otro anhelo Villanueva. Los cuidados y desvelos con que yo supe granjearme su estimacion, hicieron que mi consócio y amigo, al morir, sin mas pariente inmediato que su hijo Luis, me dejase por tutor y administrador de sus caudales, como de los mios. Luis era muy niño cuando murió su padre, cuya fortuna era inmensa, hija mia; pero no sé porque fatalidad que me persigue, mil reveses de la suerte; el desconcierto en la mayor parte de los negocios que he emprendido, el lujo con que nos ha sido preciso vivir para honrar este vano título que conseguí para desvanecerme, tu afan por los placeres, todo ha contribuido á un descenso tal, que el dia en que Luis pretendiese averiguar cual fué la herencia que le dejó su padre, y decidiera recobrarla, la miseria y el oprobio seria lo que quedase para nosotros. Dime ahora, que conoces tu posicion y la mia, si es ó no indispensable que Luis no salga de esta casa, de mi lado jamás; que sea, en fin, mi hijo, si tú has de conservar tu padre y el lugar que ocupas á los ojos del mundo.

A. Ah! padre! Padre! Qué cuadro tan terrible acaba de presentarse á mi vista al descorrer ese espeso velo que me ocultaba nuestra fatal existencia. Con que no hay para mi mas alternativa que la miseria ó el sacrificio de mi voluntad, de mi albedrio? Venturosa mil veces, mas venturosa que yo la pobre jóven que acaba de salir de esta estancia; mil veces mas dichosa con su humilde trage, su modesta morada, y el pan que gana con su penoso trabajo: al menos su corazon goza de entera libertad.

MARQ. Mas dichosa que tú, porque puede vivir sin unos goces de que no ha disfrutado jamás!... Pero si como tú los hubiera alcanzado, le seria imposible renunciar á ellos voluntariamente. No has notado cómo prende en el pecho la llama de los placeres que alhagan nuestra vanidad? Ah! que el tuyo tambien lo ha abrasado lentamente. Por qué diste, entre todos tus adoradores, la preferencia al Baron? Porque era el mas opulento, Clara. Ah! yo tambien le hubiera preferido si no hubiera sido, porque al darle razon de que tu fortuna y la mia pertenecian á mi pupilo, un triste desengaño hubiera dejado burladas tus brillantes esperanzas y las mias, hundiéndonos en la nada. Lo que entonces era un temor infundado, ahora es una certidumbre cruel. Para no enlazarte con Luis, necesitas renunciar á todo; necesitas reducirte á vivir como esa jóven que acabas de nombrarme. Te sientes con fuerzas para ello? Responde.

A. No; es imposible.

MARQ. No necesito saber mas; retírate.

A. Adios, padre mio! Solo deseo que nadie pueda humillarme un dia; yo creí que la felicidad de que habia disfrutado hasta hace poco tiempo, era mia, que nadie podria arrebatarmela, porque mi padre me la proporcionaba; hoy he sabido que mal me puede dar una paz que él mismo no disfruta... Paciencia; resignada me hallará á desvanecerme con esa aparente dicha, que necesita del fingimiento para existir. Haga usted lo que quiera de mí. (*vase conmovida.*)

## ESCENA IV.

EL MARQUES.

He aqui las consecuencias de mi primera falta! Oh! fatalidad!—Oh! crímen que cayendo sobre mi, abruma tambien con su peso á mi infeliz hija! Siempre obligado á mentir, á engañar, á seguir con los ojos cerrados y el brazo estendido, por una senda de violencia y de astucia, de lágrimas y de sangre, hasta el fondo del abismo que me aguarda. Oh! fortuna! Vanidad! Mónstruos insaciables del aberno, qué quereis de mi? El hombre os inmola á otros hombres, despues os inmola su propia familia; por último se inmola á sí mismo sin poderlo evitar. Cuando preferí el asesinato al suicidio, creí salvarme, vivir dichoso, rescatar el bien que me faltaba con el mal que hacia. Insensato de mi! No tengo riquezas, porque no tengo reposo; no tengo familia, porque mi hija es mi víctima, y va á ser mi cómplice, y me encuentro solo en mi corazon, muerto aqui como en la noche del sepulcro. Ah! el asesinato es el verdadero suicidio. No fué la existencia de Santiago la que estinguí, no, fué la mia propia, la mia, y tal vez para toda una eternidad. Oh! Miserable de mi! (*cae abatido en un asiento, pocos momentos despues llaman á la puerta del foro y vá á abrir.*)

## ESCENA V.

*Dicho,* AGUSTINA.

MARQ. Ah! es usted!

AGUS. Vengo á ver qué se ofrece.

MARQ. (Sigue, anda, anda, Judio errante del crímen; ya no puedes parar.)

AGUS. He recibido una carta de usted. Está acaso mala la señorita?

MARQ. Usted ha faltado á su promesa villanamente. Usted se habia obligado á hacer desaparecer el niño.

AGUS. Pero por qué me dice usted?...

MARQ. A hacerle desaparecer para siempre.

AGUS. Señor Marqués, perdóneme usted; he faltado á mi promesa, lo confieso; no me atreví á cumplirla; pero no tenga usted cuidado...

MARQ. Y no sabia usted que faltando á su promesa, comprometia usted el honor de una familia poderosa? Que engañaba usted torpemente al hombre que con tanta generosidad le habia á usted pagado aquel servicio?

AGUS. Ah! bien castigada estoy con la pérdida de los billetes.

MARQ. No creo en esa supuesta pérdida, y me los va usted á devolver inmediatamente.

AGUS. Ay, señor Marqués, no lo dude usted. Usted me prohibió anunciar su pérdida, y tal vez porque yo consentí en ello, creerá usted que miento; pero la prueba de que es verdad, es que no pudiendo ya resistir al deseo de recuperarlos, aunque lo creo imposible, hoy los he hecho anunciar; no tiene usted mas que leerlo en el Diario.

MARQ. Conque de veras los ha perdido usted?

AGUS. Ay! señor, todos, sin quedarme uno siquiera.

MARQ. Pues bien; yo le daré á usted otro tanto dinero...

AGUS. Cómo?

MARQ. Si usted hace esta vez, lo que no quiso hacer tres meses ha.

AGUS. Pero...

MARQ. Usted sabe que yo no ignoro que vive usted en Madrid con un nombre supuesto, á causa de haber sido condenada en otra parte á una pena aflictiva, por

un crímen de aquellos á que su profesion de usted puede dar lugar; por consiguiente, se halla usted en mi poder, y yo puedo perderla á usted ó volver á hacerla rica.—Silencio.—No solo faltó usted á su promesa, sino que por una fatalidad, fué usted á dejar ese padron de mi deshonra en una casa que frecuenta mi pupilo, cuya menor sospecha pudiera perderme: por otra parte, á mis intereses de familia no conviene que la jóven que le fascina esté por mas tiempo haciendo á sus ojos el papel interesante y tierno que usted la ha encomendado con su desmañada conducta. Elija usted; ó cumplir mis órdenes y ser dueña de dos mil duros en seguida, ó disponerse á comparecer ante los tribunales.

AGUS. Bien, señor. Usted me dará otros dos mil duros?

MARQ. Si, como sean completamente cumplidos mis mandatos.

AGUS. Lo serán.

MARQ. Y en seguida saldrá usted de Madrid?

AGUS. Y de España tambien.

MARQ. Entonces, sígame usted.

AGUS. Al instante.

MUTACION CON CORTINA.

## CUADRO SEGUNDO.

La boardilla del tio Antonio y el cuarto de María.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA, *sacando del cofre alguna ropa blanca, examinándola y colocándola en una silla.*

Estos dos pares de enaguas que son las mejores: las dos camisas nuevas: esta tohalla y este mantel, que no es malo: las sábanas que no están remendadas y este manton que ahora no me hace falta. Bien darán por todo en el Monte de Piedad los cuatro duros que necesito. Siempre es mejor empeñar allí la ropa, que venderla por un pedazo de pan. Muy inhumano ha estado el marqués; pero yo saldré del apuro: empeñaré hoy esta ropa, y la semana que viene la sacaré con el importe de la labor que voy á acabar. Yo no sé en qué consiste; mi suerte no ha cambiado, y sin embargo, estoy tranquila; tengo mas esperanzas en el porvenir desde que puedo servir de madre á este pobre niño. (*mirando desde la puerta de la izquierda.*) Cómo duerme! (*mirando el puchero que sacó el tio Antonio.*) Todavia tengo aqui que darle cuando despierte; sí; tengo para todo el dia, gracias al tio Antonio, que todas las mañanas me baja el desayuno.

### ESCENA II.

*Dicha, el* TIO ANTONIO.

ANT. (*sube con un Diario de Avisos en la mano.*) María, Mariquita, hija mia.

MAR. Ah! usted, tio Antonio?

ANT. Buenas noticias; ya pareció el dueño de los billetes.

MAR. De veras?

ANT. No hay mas. Viene en el Diario, escucha, escucha. «En la noche del martes de carnaval último, se perdieron diez billetes de á cuatro mil reales del Banco de San Fernando, desde la calle de la Concepcion Gerónima á la de Ministriles; la persona que los hubiese encontrado, se servirá entregarlos en la calle de la Paloma, casa de doña Agustina Arroyo, quien dará ma señas y un buen hallazgo.» Por fin voy á salir de ello

MAR. Vamos; descansará usted de ese cuidado.

ANT. Yo lo creo.—Estoy esperando que la tia Brígida m traiga la camisa que me llevó ayer al rio, y en cuan venga, me la pongo con los trapitos de cristianar; y n voy á ver á esa doña Agustina, que me agradecerá visita. No es verdad?

MAR. Yo lo creo. (*está arreglando la ropa.*)

ANT. Siempre me regalará lo suficiente para que no ter gas que empeñar la ropa ahora. En verdad, que pa que yo estuviese completamente contento, solo faltal que pareciese tambien el dueño, el verdadero dueñ de esa criatura.

MAR. Ay! tio Antonio! Eso no es lo mismo.

ANT. Es que, la verdad, quisiera que salieses de ese cu dado, como yo de el de los billetes.

MAR. Angelito! Quién sabe si será mas dichoso conmig No le han perdido á él por casualidad, como los bill tes; y cuando le han abandonado, señal de que no p dian tenerle... Oh! mejor está á mi lado.

ANT. Todo eso está muy bien; pero tú pasas á veces l noches en blanco, trabajando para mantenerle, y e te quitará la vida.

MAR. Al contrario, eso es lo que me la hace agradabl á no ser por él, yo hubiera muerto, ya lo sabe usted.

ANT. Oh! vamos, vamos; como si yo no supiera lo q hay; dónde está el chal que tenias y la mantilla de s ga? Todo se lo vá llevando Patillas. Ademas, tu e demasiado buena, y no sabes el daño que te estás h ciendo.—Siéntate, siéntate un poco, que tengo hablarte. (*se sientan.*) Como te decia... tú eres der siado bondadosa, y dice el proverbio, al que se hace miel, las moscas se le comen. No sabes que hay co muy buenas que parecen malas, asi como hay ot malas que parecen buenas. Tú has recogido esa c tura llevada de tu buen corazon, y has de saber que buena accion es causa de que te murmuren en la vec dad y en el barrio: cada cual hace sus calendar acerca de la cosa, y quien lo paga eres tú.

MAR. Déjelos usted, tio Antonio; mas vale ser muger bien, que parecerlo.

ANT. No digo lo contrario; pero hay que estar en toc no falta quien repare que hace algun tiempo andas go pensativa; ven que entra en tu casa un jóven n petrimetre, muy bueno, no digo lo contrario, y que rá muy mirado y respetuoso para contigo, no lo duc pero qué quieres, el jóven por un lado, el niño otro, vé á atajar la malas lenguas.

MAR. Yo no tengo nada que echarme en cara. No c que me he faltado recibiendo á ese caballero que v á escusarme conmigo al otro dia del lance del tra Sin embargo, si en ello cree usted que hago mal, volveré á verle; pero por lo que toca al niño, tio An nio, usted mismo no creo que piense lo que dice.

ANT. Si tal; si lo pienso; un niño abandonado tiene Madrid donde estar, y no hay necesidad de guardar casa esa simiente de desgracias. Es menester que p ses mas en tí misma, aunque sea á costa de pensar nos en los demas.

MAR. Y puede usted hablarme asi, tio Antonio? N amado usted jamás á nadie en el mundo? Si usted piera cuan dulce es tener alguien en quien pone cariño! Y si usted no lo sabe, por qué se interesa ted por mí.

ANT. Por qué... por qué!...

MAR. Si: responda usted, ¿por qué?

ANT. Por qué? Voy á decirtelo. Yo no sé donde nac cuando: fuí abandonado como el niño que tienes

dentro: solamente que á mi me abandonaron en regla, en el asilo de la horfandad. De niño no he conocido padre ni madre: hombre ya, no he tenido muger ni hijos: nadie me ha amado, ni yo he amado á nadie; tampoco he podido hacerlo por mi escasez de medios; no á todos les es posible tener familia; se necesita que haya con que mantenerla, y un pobre trapero... como yo... Ay! hija mia! Cuantas veces al verme solo entre las cuatro paredes de mi guardilla... aquellas paredes eran bastante grandes, y sin embargo, mi corazon se hallaba estrecho dentro de ellas; estaba el cuarto vacío y yo me ahogaba en él... Me acuerdo de que hubo un dia en que deseé la carcel por no vivir solo. Entonces tomé por compañero el vino y el aguardiente, y esos fueron mis amigos durante muchos años. Pero un dia ocurrió una gran desgracia, la muerte de un hombre de la cual fué causa mi pasion por el vino. Oh! nadie puede calcular de lo que es capaz ese vicio! La muerte de un infeliz padre de familia, hija mia, que no pude impedir por estar embriagado, y desde entonces juré no beber mas, y velar como pudiera por su hija. Me has visto, María, alguna vez bebido desde que habito junto á tí? No; jamás: en otro tiempo si hubiera estado un solo dia sin beber, hubiera creido que me moria; ahora lo creeria si estuviera un dia sin verte. No sé en qué consiste, pero no pienso mas que en tí, y siento en mi interior un no sé qué, que no puedo esplicarme; pero que vale mas que un vino delicioso.

M. Pobre anciano!

A. Si, cuando te considero tan buena, trabajando á todas las horas que dá el reló; cuando recuerdo cómo cuidabas de tu anciana madre, cuando veo como te desvelas por mantener á esa desgraciada criatura, digo muchas veces lo que tú decias hace poco; que bueno es querer á alguien? Y pensándolo y diciéndolo para mí, he ido queriéndote á tí, yo no sé cómo, si como á mi hija, como á una hermana, ó de qué manera; no puedo esplicártelo; porque yo no he tenido nunca hermana, ni hija, ni madre, ni he amado ni aborrecido á nadie jamás: lo que sé es, que yo vengo á tener la misma edad que tendria tu padre si viviese, y.... si, eso es, yo te quiero como un padre, como si fueras mi hija, porque... cuando me llamas padre, el corazon me salta dentro del pecho de alegría, y por evitarte una lágrima, daria la mitad de mi sangre, y lloraria toda mi vida como si mis ojos fueran dos fuentes por hacerte sonreir solo un momento.

M. Ah! padre mio! Una lágrima!

A. Si, hija de mi alma, es una lágrima, pero una lágrima de alegría; déjala correr, deja á mi corazon que repose en el placer de que tú le has inundado.—¡Y me preguntas por qué me intereso por tí! Porque cuando te contemplo con esos ojos tan dulces, con esas mejillas de rosa, con esa boca infantil y ese ademan tan tierno, me parece que eres un ángel que vela por los últimos dias de mi vida... Porque cuando puedo venir, como ahora, y sentarme á tu lado para hablar contigo, teniendo entre mis manos, yertas por la edad, las tuyas pequeñitas y blancas, estrechándolas dulcemente entre las mias, me considero tan feliz que me ahoga la dicha; porque creo entonces que yo tambien tengo familia, que tengo una hija, que tengo mi parte, en fin, en este mundo, esa parte de felicidad que Dios nos ha dado á todos al darnos el corazon. Oh! hija mia!

M. Padre!

A. Ah!

M. Oh! Qué bueno es mi padre. Pues bien, yo amo á este inocente niño como usted me ama á mi; y voy ahora mismo al monte de piedad á empeñar esa ropa.

ANT. Pero deja que yo lleve los billetes: puede que no haya necesidad.

MAR. No; si luego tiene usted dinero, pronto se desempeña... Ay, ya ha dispertado. (*entra por él y lo saca en brazos al instante.*) No es verdad que es muy hermoso?

ANT. Eso si, es muy bonito. (*haciéndole fiestas.*) Eh? Chuchí! chiquí! chiquí!

MAR. Téngale usted un ratito; pronto vuelvo: si llora, en la cocina hay una taza con leche, la que tiene encima una tapadera y una cucharita pequeña... hasta luego. (*vase.*)

ANT. Pero oye... (*con el niño en brazos.*) Hace de mi lo que quiere. (*volviéndose á mirar al niño.*) ¿Ola? qué es eso? no está usted contento? Pobrecito! Es preciso ir ejercitando la paciencia... Como busca... cuerno! ha atrapado un boton!... como se ingenian los hijos de los pobres! Ah! cierra los ojos: á la (*paseando y arrullándole.*) ro, ro, ro, ro; á la ro, ro, ro, ro; á la ro, ro: á la ro ro; etc. Se duerme; voy á echarle en la cama de María. (*se entra y sale.*) Angelito! se quedó como un tronco: eh! vamos á fumar un cigarro; voy por el bote; dejaré la puerta abierta para oirle si llora. (*sube á su boardilla y se le vé tomar un cigarro del bote.*)

## ESCENA III.

EL TIO ANTONIO, LA SEÑORA AGUSTINA, *luego* DON LUIS.

AGUS. Está fuera.

(La señora Agustina sube con precaucion cubierta con una mantilla de velo y un manton: reconoce el cuarto, entra en la puerta de la izquierda y sale con el niño debajo del manton.)

Vamos. (*vase.*)

ANT. (*en la boardilla.*) Se me figura que he oido á alguien entrar en el cuarto de María: si será ella? Diantre! Si no me halla y el niño llora, me va á regañar. (*baja; apenas ha entrado, sube y entra don Luis.*) No, no ha venido... Quién entra? Ah! el caballerito... Adelante.

LUIS. ¿No está en casa?

ANT. No señor; ha salido. Si quiere usted esperarla, no puede tardar; sino yo me encargo de decirle lo que usted...

LUIS. La aguardaré. (*se sienta.*) Me hallo perfectamente en este cuartito, tan agradable, aunque tan humilde.

ANT. (Pues señor, esto no puede seguir; yo voy á decirle...) Usted es el señorito don Luis de Villanueva? No hace mucho que estuve hablando de usted con María.

LUIS. Acaso usted es el tio Antonio, de quien me ha hablado?

ANT. Le ha hablado á usted ella de mí; eh?

LUIS. Sí, muchas veces; me ha dicho que usted la quiere mucho.

ANT. Pues no ha dicho mas que la verdad, y precisamente porque la quiero es por lo que voy... aunque usted perdone, á preguntarle, con qué fin viene usted á verla.

LUIS. Y yo, merced á los títulos que le dá á usted el cariño que la profesa, no tengo inconveniente en esplicarme hasta cierto punto. Yo ví á María en Villa-Hermosa, me gustó su modo de conducirse en cierto lance aquella noche; al dia siguiente me batí casi por ella; y la vengué de un insolente, que se atrevió á ultrajarla: he seguido viéndola; he concluido por desear hallarme siempre á su lado, y ahi tiene usted el motivo de visitarla con frecuencia.

Ant. Ya; pero eso no es contestar á mi pregunta: yo no deseo saber el motivo, sino el fin que usted lleva en visitarla; no por qué la visita usted, sino para qué la visita: esta es la cosa.

Luis. A eso le diré á usted, que me pregunta demasiado; puesto que para contestarle, seria preciso darle á usted cuenta hasta de mis pensamientos ó engañarle; y si bien María pudiera tener derecho á exijir de mí lo primero, á usted, que no está en su caso, tampoco le creo acreedor á lo segundo.

Ant. Lo segundo es lo de engañarme, no es eso?

Luis. Pues.

Ant. Ya: es que para llegar á ese segundo caso, necesita usted dos cosas: la primera querer engañarme, lo cual no me atrevo á creer aun, y la segunda, que yo me deje engañar, y eso corre de mi cuenta evitarlo.

Luis. Veo, tio Antonio, que arguye usted con cierta lógica natural, que demuestra su buen discernimiento.

Ant. Gracias.

Luis. Sin embargo, los argumentos de usted flaquean por la base. Le he negado á usted el derecho de interrogarme tan hondamente, y por consiguiente no podemos pasar adelante.

Ant. Permítame usted: no solo podemos, sino que vamos á pasar adelante.—Cachaza, que yo me esplicaré. No es lo mismo que usted me niegue ese derecho, que el que yo deje de tenerle. Yo ocupo, respecto á María, el lugar de padre, porque el que la dió el ser me la recomendó al espirar; y usted no puede desconocer, que ademas, mi edad, mi cariño hácia ella, el respeto que me tiene, su misma horfandad y su inocencia, me autorizan suficientemente.

Luis. No creo que yo haya puesto su inocencia en peligro con mis visitas.

Ant. Esa ya es otra cuestion, en que no entraré sin haber salido de la primera, porque me confundiria y no quiero estraviarme. Usted no habrá puesto hasta ahora en peligro la inocencia de María, pero si su buena reputacion.

Luis. Cómo?

Ant. Caballerito, usted es demasiado rico y elegante para que pueda visitar á una pobre muchacha que vive en la escasez, sin que murmuren las gentes.

Luis. El diantre es usted, tio Antonio; veo que María no atrèviéndose á provocar en mi esta esplicacion, ha sabido escoger un buen intérprete.

Ant. Pues vé usted lo que no hay; porque María no me ha dicho nada, ni aun sospechaba hasta hoy lo mal que le estaba el recibir á usted en su casa á todas horas.

Luis. Ah! Pues una vez que no es María quien rechaza mis visitas, estoy resuelto á continuarlas, sin dar esplicaciones mas que á ella misma.

Ant. Bien: esa es ya para mi una contestacion terminante, en vista de la cual puedo tomár una resolucion. Puesto que usted no me dice cuáles son sus miras, debo creer que no son las mas honradas, pues á serlo, no me las ocultaria usted.—Lo que no se me esplica puedo yo entenderlo como quiera. Mas antes de tomar una resolucion, le suplico que deje de visitar á María, y espero que no se negará usted al ruego de un anciano, que le pide á usted en nombre de lo que hay mas respetable, la honra de una jóven, que desista usted de un empeño, que solo puede tener por resultado, un tardio arrepentimiento para los dos. He concluido. (*Pausa.*)

Luis. Veo que tiene usted razon de su parte; estoy pronto á seguir su consejo de usted, mas antes de despedirme de esta casa para siempre, quiero tener una esplicacion con María; quiero hacer algo por ella, ya no me es dado consagrarle mi vida toda entera.

Ant. Pero á qué pueden conducir esas esplicacion Créame usted, don Luis: lo que á usted le convi como á María, es olvidar completamente que se han nocido: renunciar á quiméricas ilusiones, que n tienen de realizables.

Mar. (*desde fuera.*) Padre! padre!

Luis. Ya está aqui.

Ant. Enhorabuena: despídase usted de ella, puesto no hay otro remedio.

## ESCENA IV.

*Dichos y* María.

Mar. (*entrando.*) Ya he empeñado la ropa: me han d cuatro duros! Ah! don Luis!

Ant. (Estoy aqui de mas: ella sabrá despacharle; es charé desde la escalera para despedirle al salir.) Se don Luis, cuento con su palabra de usted. (*se vá, ciende y fuma en la meseta.*)

Mar. Cuál?

Luis. Nada, María; una que acabo de darle, y que ha de costar trabajo cumplir; pero que es indispen ble. Tengo que hablarla á usted seriamente; ya s indiqué ayer. Desde que la trato á usted, gozo de la da de un modo tan grato á mi corazon, que me pa que poseo una nueva existencia: he abandonado t aquellos bulliciosos placeres que eran mi ansia co nua y mi constante zozobra al mismo tiempo: á vida tranquila he sacrificado mis goces, mis hábitos arraigados; y todo sin violencia, con una espontane que no me ha dejado advertirlo siquiera: sin emba una sola pena me martiriza en ocasiones, y quiero fiársela á usted; usted vive en la mayor estrechez; ted aniquila sus fuerzas trabajando noche y dia condena á las mayores privaciones, á la miseria tal y todo por no querer aceptar de mi mano nada de c to la ofrezco; si usted cree ver en mis ofertas sinies fines, me hace usted una ofensa que lastimaria cr mente mi corazon; usted sabe cuanto la he respet siempre; y no atino por qué, á pesar de mi condu se niega usted á aceptar mis sinceras ofertas.

Mar. Don Luis: usted no sabe sin duda lo violento repugnante que es al que está acostumbrado á gana la subsistencia con el trabajo de sus manos, el viv espensas de la generosidad agena. Las riquezas, Luis, no se reciben gratuitamente; aun cuando us me las diese con la mas pura generosidad, yo siem las ganaria muy caras, al menos en el concepto de gentes. Además, usted no es dueño de disponer a trariamente de lo que posee; tiene usted familia usted á tenerla; á su familia de usted pertenece cu to usted posea: aceptarlo yo seria una usurpacion me avergonzaria.

Luis. Usted está en un error cuando cree que yo e próximo á tener esa familia que usted me supone: á romper mi proyectado enlace con la hija del marq

Mar. Ah!

Luis. Si, Maria: rompo todos mis vínculos anterio por consagrar á usted mi amistad toda entera: du de mis acciones, libre completamente como me h mi solo anhelo seria hacer á usted mas grata la e tencia, librándola del trabajo y la fatiga.

Mar. Ah! No prosiga usted, por Dios, don Luis. H ahora he creido á usted muy digno de estimacion; n haga usted vacilar con sus ofertas; no me arrebate u esta ilusion querida, porque me seria muy funesta

ıs. Perdone usted, María: tampoco yo quisiera desvanecerla: mi oferta es pura, y solo hija del cariño que por usted abrigo: voy á partir de España: he resuelto viajar algun tiempo para ver si consigo reanimar mi perdida alegria, y tambien para tener un pretesto con que justificar á los ojos del marqués mi negativa al enlace que me tiene proyectado.

R. Vá usted á partir!

s. Si, María: mañana salgo de Madrid, y he venido para despedirme de usted. Por eso puedo auxiliarla sin comprometer en lo mas mínimo su reputacion. Poseo una casa en Madrid, de cuya renta puede usted disponer hasta que haga feliz con su mano á quien pueda asegurarla una subsistencia menos penosa que la que hoy tiene usted.

ı. Vá usted á partir!

s. Lo siente usted acaso?

ı. Yo? Si señor; por qué he de decir otra cosa? Yo estaba resignada á suplicar á usted que no me visitase, porque las gentes murmuran de nuestra intimidad: resuelta estaba á renunciar á verle á usted y á oirle; pero no habia entrado en mi mente la idea de la ausencia: era preciso que esto concluyese completamente. Hace usted bien; paciencia!

s. María! De qué proviene ese pesar que usted desplibre por mi marcha? Ese pesar con que yo gozo y sufro al mismo tiempo de un modo indecible? Por qué ha suspirado usted, María, al saber mi resolucion?

. Ya vé usted... no es estraño que sienta su partida... sí... por el pronto; eso me parece muy natural, y no por qué pueda usted estrañarlo.—Y á dónde vá usted?

. Voy á Alemania. Pero supongo que tiene usted la condescendencia de aceptar mi oferta? Mañana salgo á las siete de la mañana, y al medio dia vendrá aqui mi escribano...

No; eso no, don Luis.

Pero hallándome yo ausente...

Hallándose usted ausente no me cabria la menor duda de que sus miras de usted eran las mas desinteresadas, las mas puras; pero yo no podria probarme lo tanto á mi, si aceptára su oferta. Usted al proponerme ese don, se muestra generoso, compasivo; tal vez me atreveré á decir apasionado; al rehusarle yo, no hago mas que cumplir con los deberes de mi sexo y de mi estado. Quiere usted colocarme aun á mas distancia de usted y de mi misma? Seria una crueldad impropia de tan noble corazon.—No hablemos de eso mas...

(*arrebatado.*) Ah! de que distancia me hablas, María, cuando para llegar hasta ti, me faltan tantas virtudes como se anidan en tu alma angelical? Ya no me es posible ocultar por mas tiempo el amor que me enagena; yo te amo; yo te adoro, si.

Dios mio! Será posible!

Oh! mi adorada, modelo hermoso de desinterés y de honestidad; soy tuyo para siempre; si, serás mi esposa, si á tanta altura me quieres elevar: no tengo como tú los ricos dones del alma, solo bienes perecederos é indignos de tu altar puedo ofrecerte; mas son míos, y mi nombre tambien; para ti esos trages, esas joyas, esos lujosos atavios que hacias para las demás, ocultando tu delicado cuerpo noche y dia; para tí el mando, la fortuna de mi padre; para ti mi mano, mi corazon, mi aliento mismo. No puedo darte mas.

Oh! Dios, qué dicha!

(Queda con la cabeza reclinada en el pecho de don Luis, que la abraza con efusion. Antonio, que arrimado á la puerta, ha ido escuchando toda la escena, poseido de las distintas pasiones que en su ánimo ha ido produciendo; dirigiendo sus ojos al cielo, esclama:)

Ant. Bendecidlos, Señor. (*despues de una pausa, don Luis desprendiéndose de María aun conmovido, toma el sombrero.*)

Luis. A Dios, María. Cada instante que pasa sin poder llamarte mi esposa, es un siglo para mí. Voy ahora mismo á anunciar mi resolucion al Marqués, y preparar nuestra union. Me amas? No es verdad? Gozo la dicha de poseer tu corazon. (*el tio Antonio entra y se queda delante de la puerta abierta.*)

Mar. No me pregunte usted lo que yo misma no le podré esplicar como deseo: yo le amo á usted... le amaba... mas, no debo decir...

Luis. No exijo de ti mas, ya soy dichoso. A Dios, bien mio.

Mar. A Dios. (*don Luis viendo al volverse al tio Antonio que está como enagenado contemplándole.*)

Luis. Señor, Antonio... usted ha oido...?

Ant. Todo; y por eso... (*le dice con la accion por impedírselo su emocion, que por eso está conmovido.*)

Luis. Pobre anciano!

(Los dos se abrazan; don Luis por último sale dirigiendo antes una tierna mirada á María, que con las manos cruzadas ha contemplado el abrazo.)

Mar. (*despues que se ha ido don Luis dando rienda suelta á su gozo.*) Ah! yo no sé lo que me pasa, ni si es un sueño lo que mirando estoy, padre mio! Mi dicha es sin igual; diga usted, ¿es cierto? Es cierto, ¿no es verdad? Luis es mi amante; yo voy á ser su esposa; no es ilusion, verdad? Poseo aquel hermoso corazon que el mundo entero me pudiera envidiar. Me ha preguntado si yo le amaba, y no he podido esplicar mi pasion, porque á una pobre muger no le es dado decir todo lo que siente al objeto de su cariño, y aqui, en el corazon, tengo una pena porque no dije mas... Yo necesito dejarle rebosar en su alegría; Luis mio! te amo, te adoro; si, él no me escucha y lo puedo decir; desde la noche que por primera vez te ví, te adoré; ciega por ti llevaba con paciencia el trabajo, la miseria, por tí virtuosa fuí, por tí sabré morir, te amo, te adoro. Ah! padre mio! qué dichosa que soy!

Ant. Hija querida! Dios premia tu virtud.

Mar. Ah! Ese inocente falta aquí. Con el amor me habia olvidado de él; (*coje la mantilla.*) Voy á casa del ama. (*entra en la puerta de la izquierda con la mantilla en la mano.*) Tio Antonio? (*dentro.*) No está, no está alli. (*saliendo.*) Se le ha llevado usted á su cuarto?

Ant. Yo no: le eché en la cama.

Mar. No está: mire usted! Qué ha sido de él! Me le habrán quitado, hijo mio! Se lo han llevado. (*el tio Antonio y María se dirigen á la puerta de la izquierda.*)

## ESCENA V.

*Dichos*, el Magistrado *y* Agentes.

Mag. María Contreras, de órden del juez, dése usted presa.

Mar. Yo? por qué?

Mag. Está usted acusada del crímen de infanticidio.

Mar. (*á un tiempo.*) Yo!

Ant. (*id.*) María!

Mag. El niño que usted tenia recojido y que decia no ser hijo suyo, ha sido hallado casi espirando en el pozo de esta casa.

Ant. *y* Mar. Ah!

Ant. Hija mia! (*cae al suelo. El tio Antonio acude á socorrerla. Los agentes los rodean.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

# ACTO TERCERO.

## CUADRO PRIMERO.

(Habitacion de la señora Agustina: una sala pintada lisa con un friso: puerta de entrada en el foro: á la izquierda una que dá á lo interior. Un sofá á la derecha arrimado á la pared: delante de él un brasero con lumbre y su alambrera, y al lado de frente al público, una poltrona de paja con un almohadon en el asiento. A la izquierda una cómoda con un espejo encima. En medio del teatro, un velador. A los dos lados de la puerta del foro, mesas, sillas, rinconeras, cuadros, etc.; todo anticuado y de poco valor.)

### ESCENA PRIMERA.

*La señora* AGUSTINA *sale con una* CRIADA *de la puerta izquierda.*

AGUS. Colócate en la pieza de afuera; allí tienes el cesto con la labor; concluye aquellas vendas, y si viene álguien, que no se meta de rondon: lo has oido?

CRIA. Sí, señora.

AGUS. Pues cuidado. (*la criada se va por el foro derecho; la señora Agustina entorna la puerta, escucha si se ha retirado; va á la cómoda y saca un taleguito con dinero y billetes de banco.*) Gracias á Dios que me ha dejado sola un momento; creí que no salia hoy de la cocina. Vamos á ver. Qué sustos me ha costado ganar este dinero! Todavía estoy temblando. Y ese taimado de marqués, que despues de ofrecerme cuarenta mil reales, sólo me da diez mil, diciendo que hasta estar seguro de mi silencio no me da el resto! Bribon! Como si no tuviera yo tanto interés en callar como él! No es eso lo que le sobresalta, sino que el niño viva; como si la criatura pudiera decir lo que pasa.—A ver si está cabal. Cuatro, ocho, doce, diez y seis.—No se me puede olvidar; por un milagro no me han descubierto; veinte, veinticuatro y veinticinco doblillas de á cuatro duros, que hacen dos mil reales.—Si no meto la criatura en el cubo del pozo, me ve con ella don Luis, que subia: soltar yo la soga y pasar él por junto á mí, todo fué uno.—Este es de mil: este de cuatro mil, son cinco mil; seis mil, siete mil y ocho mil; y con los dos mil en oro es la media talega cabal. Y cuando volvia por el niño, me hallo la calle y el portal llenos de gente. Qué susto me llevé, Dios mio! Cuando oí decir habian sacado al niño medio ahogado en el cubo. Sin duda con el peso se fué bajando porque yo le dejé bien alto. Pues creo que no le hubiera pesado al marqués que no hubiesen llegado tan apunto, porque aunque nunca me lo ha dicho claro, yo bien he comprendido que lo mismo la otra vez que ahora, lo que queria él era lo que me decia con tanto ahinco: «que desaparezca para siempre.» Qué modo de comprometerla á una!—Lo guardaré todo: por fin atrapé diez mil reales, y nadie sabe nada, mas que quien tiene que callar por fuerza. Pero, ¡qué lástima! Si no se me hubieran perdido aquellos billetes, que en vano he puesto en el Diario, donde estaria ya; á cien leguas de Madrid. (*encierra todo en la cómoda.*) Paciencia!

### ESCENA II.

*Dicha,* CRIADA *y á poco* ANTONIO.

CRIA. Señora, un hombre que no conozco pregunta usted.

AGUS. Que entre.

ANT. (*triste é inquieto.*) Es usted doña Agustina Arro

AGUS. Servidora de usted.

ANT. Tengo que hablarla á usted reservadamente. *señora Agustina hace seña á la criada para que se ret El tio Antonio observa todo lo que hay en la estanc*

AGUS. Ya estamos solos. En qué puedo serle á us útil?

ANT. No; si quien puede serle útil á usted, soy yo.

AGUS. A mí?

ANT. A usted.

AGUS. (Ah! los billetes tal vez...)

ANT. Usted ha perdido algo?

AGUS. Si señor; diez billetes de banco de á cuatro reales; los tiene usted? Devuélvamelos usted... por son mios.

ANT. Poco á poco.

AGUS. Usted se los encontró, ¿eh?

ANT. Si señora.

AGUS. Ay! Cuanto me alegro. Los tiene usted?

ANT. Aqui estan. (*Sacando la cartera de Santiago y señando los billetes.*)

AGUS. Oh! que fortuna! Démelos usted; son mios, tr usted.

ANT. No tenga usted tanta prisa.

AGUS. Le digo á usted que son mios. Bastante tra me ha costado el ganar ese dinero. Pero ya ca quiere usted asegurarse... es muy justo. Los he dido desde la calle de la Concepcion Gerónima, l la de Ministriles: los encontraria usted en la a (*movimiento negativo del tio Antonio.*) O en medi arroyo, en alguna boca-calle al atravesar. (*movimi afirmativo.*) Eso es. La noche del martes de Carn estaban envueltos en un papel blanco, doblado tod rededor.

ANT. Cabalmente.

AGUS. Pues bien. (*alargando la mano.*) Ah! que aturd con la alegria se me olvidaba... tengo que da usted el hallazgo... un buen hallazgo, como dig el anuncio.

ANT. Bueno; así lo espero.

AGUS. Si señor: (*sacando de la cómoda un bolsillo de con dinero.*) digo, ya conoce usted que por cuar mil reales, no se puede dar tanto como si fuera un millon.

ANT. No, no: no es dinero lo que pido.

AGUS. Pues qué es lo que quiere usted? Diga us (*alegre.*)

ANT. Quiero únicamente saber, cómo ha adquirido u estos billetes.

AGUS. ¡Qué dice usted? (*asombrada.*)

ANT. Lo que usted oye, señora Agustina: usted m dicho cómo los ha perdido, y yo quiero saber, c los ha ganado.

AGUS. Pero, buen hombre...

ANT. Aqui no hay buen hombre ni malo: estoy pr á devolvérselos á usted si me lo dice; sino, no: u puede elegir.

AGUS. Válgame Dios! (*recobrada de su primera sorp y sentándose con aparente calma.*) Que capricho! he ganado con mi trabajo, claro está; ya sabrá u cual es mi profesion: hace veinticinco años qu colegio de cirugía de Cádiz me dió mi título de par

y aunque en el dia no sirve, como llevo diez años en Madrid, sin tener una desgracia en todo ese tiempo, en buena hora lo diga, tengo una gran parroquia.

r. Bien, pero... usted perdió los billetes en la noche del martes de carnaval, á que hora?

us. Al rededor de las cuatro.

r. Y cómo era que á esas horas iba usted desde la Concepcion Gerónima á la calle de Ministriles, con cuarenta mil reales en el bolsillo?

s. Toma; pues ya se vé que iba... iba á casa (*algo desconcertada.*) de un escribano que me guarda mis horros, y por eso...

r. A casa de un escribano, á las cuatro de la madrugada?.. Eso no es verdad; á esas horas no es natural ni ir á buscar á los escribanos, ni menos el transitar por las calles con los bolsillos llenos de billetes de banco. No admito pamplinas. Me ha de decir usted la verdad, ó de lo contrario no entrego los billetes.

s. Cómo que no? (*levantándose enfadada.*) Pues no faltaba mas! Los billetes son míos: á usted no le importa lo demás, y me los entregará usted de bien á bien, ó sabré obligarle á usted á ello.

. Yo sabré obligarla á usted á lo otro; á que hable.

s. Lo veremos: voy á quejarme á la justicia. (*yendo á tomar la mantilla de un sitial.*)

. Y yo voy á quemar los billetes si se atreve usted á salir de ese cuarto. (*dirigiéndose al brasero dispuesto á arrojarlos en la lumbre, que se verá bien encendida.*)

s. Ah! Cuidado con hacer una bestialidad! (*dando un grito y acudiendo.*)

. No será cosa: (*tomando uno.*) ¿confiesa usted?

s. Yo no tengo nada que confesar.

. No? Allá va uno. (*lo echa y arde.*)

s. Ay Dios mio! qué hace usted? Qué bárbaro de hombre! Usted no sabe que cada billete vale cuatro mil reales!

. Confiesa usted? (*tomando otro.*) Cero y van dos. (*arrojándolo.*)

s. Uy! Bandido! (*arrojándose con pasion al fuego y quemándose la mano inutilmente por salvarlo.*) Qué ha hecho usted? Esto es una picardia, una infamía! Ocho mil reales que me han costado tanto trabajo el ganar-s! Vecinos, fuego, ladrones. (*yendo hácia la puerta.*) (*con ademán decidido.*) Allá vá todo el paquete.

s. Ay no, no; yo confesaré, yo confesaré. (*cae en la silla.*)

. En hora buena: de eso se trata. Conque vamos á ver.

s. Ay! déjeme usted respirar.

. Respire usted; pero es inútil que maquine usted mentiras: si no quedo satisfecho de que me dice usted la verdad, los quemo.

. Que hombre!.. Pero si yo no puedo... (*movimiento del tio Antonio.*) Mire usted, partamos; deme usted la mitad y déjeme usted en paz.

. No, todo ó nada; yo no quiero dinero; ya lo he hecho.

. Es que...

. Vacila usted?.. (*dirigiéndose al fuego con un billete en una mano.*)

. No, no vacilo. Dios mio, que hombre! Billetes de mi alma! Cuarenta mil reales que me daban por hablar... Y ahora me dan treinta y dos mil porque hable! Y no podré yo saber qué interés tiene usted en saber este secreto?

. Luego hay un secreto? No decia yo bien? Pues justamente yo quiero saber ese secreto. Vamos (*siempre con ademan hostil.*)

Agus. Voy, voy. (Pero señor, él me vá á entregar todo el dinero; entonces qué saca de... Ah! ya caigo!) Lo que sabe usted! Usted quiere saber el secreto por el otro... porque del otro puede usted sacar veinte veces mas de lo que yo he sacado... un dineral!.. Quién sabe? Quiere usted obligarle á... eh?

Ant. Ech... si; eso es.

Agus. Y me dá usted como quien dice, los despojos, (*señalando los billetes.*) por quedarse con el ave!

Ant. Cabal.

Agus. Entonces ofrézcame que de lo que saque usted, partiremos, y lo digo todo.

Ant. No hay inconveniente; lo ofrezco.

Agus. Puedo confiar...

Ant. En esas cenizas tiene usted la prueba de cómo sé cumplir mis palabras.

Agus. Y que yo no tendré que temer?

Ant. Ba! Qué ideas?

Agus. Pues siéntese usted y escuche. Hace tres meses que en la noche del mártes de carnaval, el 4 de febrero, fui llamada sigilosamente por un caballero anciano, para asistir á una señora, segun mi profesion; á poco, llevándome á una pieza retirada de la casa, me entregó el niño que acababa de nacer, y unos billetes de banco, diciéndome; «esta es la primera vez que nos hemos visto; sin embargo, yo la conozco á usted, y por eso no vacilo en encargarla de un asunto delicado; pero que usted sabrá desempeñar. Este niño es preciso que desaparezca para siempre, sin que nadie pueda tener noticia de su existencia: ahi tiene usted cuarenta mil reales en billetes, con la condicion de que cumpla usted fielmente mi encargo, y de que no nos volvamos á ver jamás;» y diciendo esto, me abrió una puerta secreta que daba á un pasillo, por el que salí á la calle con todo. Yo bien conocí que lo que me quiso dar á entender, fué que dejase la criatura abandonada donde pereciese: porque para llevarla al asilo de la horfandad, ni tenia una precision de valerse de mi, ni menos de darme tanto dinero; sino que sin duda por quitar á la madre toda esperanza, dado caso que hiciese averiguaciones; en fin, yo tomé los billetes, porque como usted conocerá, á nadie le amarga un dulce; pero dige para mi: seria un dolor dejar perecer á esta criatura, y quien sabe si el dia de mañana puede servirme de mucho que viva, y el saber yo su paradero; dicho esto, me metí en un portal que hallé abierto, y ya iba á dejarlo en él con ánimo de averiguar por la mañana, quién le recogeria, cuando un hombre que salia del pátio, me obligó á subir la escalera, á cuyo pié me hallaba, y habiendo encontrado abierta una puerta, vi un cuarto muy aseado, aunque de poca apariencia, y dige para mi: mejor estará aqui esta pobre criatura que en el portal, espuesta al frio de la noche; y lo dejé allí dormidito como un príncipe.

Ant. Qué buen corazon! (*con solaperia.*)

Agus. Yo lo creo; demasiado bueno; por cuidar del diantre del niño, perdí los billetes; y luego dicen que una buena accion siempre halla su recompensa!..

Ant. Y dicen bien; porque al fin han parecido los billetes. Pero falta aun que me diga usted los nombres de las personas que entran en juego.

Agus. Doña Clarita Soler, (*misteriosamente.*) la hija del marqués de Casa-Vicente, es la madre del niño, y Maria Contreras es la jóven que le recogió.

Ant. Ah! Ja, ja. Eso es lo que se llama hablar claro. Falta lo demás.

Agus. Qué es lo demás?

Ant. Toma! El resto de la historia.

Agus. Pero, qué resto?

ANT. El niño que usted salvó, ha sido hallado esta mañana en el pozo de la misma casa, donde...

AGUS. Ah! Conque sabe usted que es ese?

ANT. Si; que usted al fin, decidida á enviar al cielo ese angelito...

AGUS. Eso no es verdad: no ha sido esa mi intencion. Es cierto que el marqués me habia ofrecido otros cuarenta mil reales porque desapareciese esa criatura, al fin; pero yo la tomé de donde estaba, con ánimo de llevármela á mi casa hasta la noche, y luego trasladarla á la inclusa, por ganar aquel dinero; sino que al concluir la escalera vi á lo largo del portal, en la calle, mirando á lo alto, y con ademan de entrar, un caballerito elegante, á quien habia visto subir otras veces á casa de la muchacha que tenia el niño; y porque no me viese con él y lo conociese, lo coloqué en uno de los cubos del pozo, lo bajé un poco enganchando la soga en la escarpia que hay en la pared, y me salí precipitadamente; á la cuenta, con el peso, el cubo se fué bajando, porque cuando volví á recoger el niño, ya lo habian sacado del pozo, y lo tenia la justicia; esta es la verdad, se lo juro á usted.

ANT. Bien. Y la prueba de todo?

AGUS. La prueba?

ANT. Por supuesto: yo no puedo fiarme sin pruebas; y además si he de sacar partido de esto, en provecho de los dos, las necesito.

AGUS. Eso es verdad.

ANT. Conque vamos á ver.

AGUS. Tengo una, y voy á dársela á usted: una carta de la hija del Marqués, que recibí ayer; tome usted.

ANT. (*leyendo.*) «Ignoro cuáles fueron las condiciones con que se le confió á usted el depósito que usted abandonó en casa de la jóven Maria Contreras; pero si por desgracia, en la actualidad han podido interesarla á usted en su pérdida, yo la recomiendo su conservacion, y la ofrezco doble recompensa: exijo sin embargo, que no permanezca en la casa en que usted le depositó; retírele usted inmediatamente de ella, y á su tiempo será usted recompensada. C. S.»

AGUS. Clara Soler.

ANT. La hija del marqués: Clara Soler.

AGUS. Qué tal?

ANT. (*dándola los billetes.*) Tenga usted los billetes. Gracias, gracias! (Ah! Maria!)

AGUS. Esto es. (*que ha contado los billetes, cogiéndole del brazo.*) Pero oiga usted: esa carta vale mucho mas de lo que usted me dá, si se sabe sacar partido de ella, y usted no es tonto. Está convenido que partiremos?

ANT. Por supuesto. La mitad del dinero que saque será para usted.

AGUS. Y pronto, porque yo tengo que irme de Madrid.

ANT. Muy pronto, señora Agustina.

AGUS. Ah! pero dónde vive usted?

ANT. Aqui tiene usted mi patente con mi nombre, profesion y todo.

AGUS. Deje usted me enteraré.

ANT. Quédese usted con ella: yo nada necesito; (lo llevo todo aquí. Oh! Maria, hija de mi alma!) (*se vá.*)

AGUS. Hasta la vista. Veamos. (*lee.*) «Concedo licencia á Antonio Venancio, de esta vecindad, para que en las altas horas de la noche, pueda ejercitarse en la ocupacion de trapero, con sujecion á los bandos vigentes; pagó treinta reales.» Un trapero! Por eso se encontró mis billetes. Si me habrá engañado? Pero Señor!.. Si él no se ha quedado con un cuarto!... Hay en esto un misterio... Y parece un buen hombre. De todos modos, ya tengo cuarenta y dos mil reales, y si ese hombre saca ahora otra buena cantidad, partirá c[illegible] migo. No se presenta mal: me enriqueceré en deja[illegible] escrúpulos á un lado... Asi hacen muchos, y aca[illegible] por ser millonarios. Qué fortuna!

MUTACION CON CORTINA.

## CUADRO SEGUNDO.

Comedor de lujo en casa del Marqués: puerta en el fo[illegible] y una á cada lado; grandes chineros con bajilla corresp[illegible] diente, aparadores, etc. Una mesa suntuosamente prepar[illegible] para comer, con candelabros encendidos, y una araña enci[illegible] En los aparadores botellas de distintos vinos. Reloj de pa[illegible] en un cuadro.

### ESCENA PRIMERA.

MARQUES, CLARA, *á poco* MARCOS.

MARQ. (*saliendo de la puerta derecha.*) Las siete y [illegible] ha venido ann. (*sale Clara.*)

MARCOS. (*por el fondo de la derecha con una carta.*) [illegible] carta de don Luis.

MARQ. A ver? (*la abre y lee para sí.*) Lo mismo [illegible] temia. (*al criado.*) Vete. (*á Clara.*) Luis, á qu[illegible] encargué que convidase á comer con nosotros al n[illegible] rio, y que se viniera con él, dice que no le agua[illegible] mos, que se vé precisado á rehusar la honra de se[illegible] esposo, y que está pronto á hacerse cargo de [illegible] cuentas de su tutela, con que le brindé hace tien[illegible] Ahora es él quien rehusa tu mano, quien demand[illegible] herencia. Oh! Afortunadamente ha sido acusad[illegible] presa esa Maria, que todo lo ha trastornado.

CLA. Presa, y por qué?

MARQ. El niño que tenia, ha sido sacado casi muerto [illegible] pozo de su casa.

CLA. Dios mio!

MARQ. Vive sin embargo.

CLA. Dónde se halla?

MARQ. En poder de la justicia.

CLA. Al menos vivirá. Y á esa jóven... de qué la acus[illegible]

MARQ. Esa jóven no es lo que debe ocuparnos.

CLA. Pero dice usted que está acusada, y usted sabe [illegible] es inocente.

MARQ. Yo nada sé.

CLA. Que nada sabe usted?

MARQ. No.

CLA. Plegue al cielo que la justicia no descubra los v[illegible] daderos culpables!

MARQ. Si ellos no se venden á sí propios, no los des[illegible] brirá.

CLA. Cuando logren ocultar á los demás su crímen, [illegible] se le ocultarán á si mismos.

MARCOS. (*por el foro.*) Ahi hay un hombre que pregu[illegible] con afan por el señor Marqués.

MARQ. Dí que ahora no recibo. (*vase el criado.*) Vo[illegible] contestar á Luis: yo sé lo que me debo hacer: lo [illegible] necesito de tu parte es obediencia. Mi pupilo será [illegible] esposo.

MARCOS. (*sale.*) Ese hombre dice que tiene precision [illegible] hablar sobre cosa que á usia le importa mucho.

MARQ. (Qué querrá?) Dile que entre. Retírate, Clara.

CLA. Pero...

MARQ. Déjame á mí; puedes estar completamente tr[illegible] quila.

CLA. (Oh! Dios mio!)

## ESCENA II.

MARQUES, ANTONIO, MARCOS.

. Es usted el marqués de Casa-Vicente?
RQ. El mismo.
. Tengo que hablar con usted á solas.
RQ. Déjanos. (*el criado se retira.*)
. (Dios mio! Prudencia necesito.)
RQ. (Qué hombre será este? Su fisonomia no me es esconocida.) Qué es lo que usted quiere?
. Voy á decirlo... (*rendido de fatiga y de afan, se oya en el sillon, y tiene que sentarse.*) No estrañe sted... estoy algo fatigado... pero voy á decirle á sted á lo que vengo.
RQ. Muy bien; lo espero.
. Un asunto muy serio me conduce, señor Marqués.
Q. (Esa voz... Cielos! si será...) Lo primero, necesito ber quién es usted.
. (Yo he oido esta voz antes de ahora.)
Q. Vamos, pronto, quién es usted?
. Una persona muy insignificante. Me llamo Antonio enancio, y soy trapero, para lo que usted guste.
Q. (El es; á qué vendrá? Y qué es lo que usted iere? (*Antonio se levanta.*)
Vengo á hablarle á usted acerca de una pobre ven, presa y acusada de infanticida.
Q. Qué dice usted?
No se haga usted de nuevas, señor Marqués; acuda de infanticídio.
Q. Pero qué?... Es usted su padre ó...
Haga usted cuenta que sí. No tiene otro... A mi suele dar ese nombre; yo no tengo hijo ninguno, por consiguiente, puedo ser padre de cualquiera, n que ya sabe usted... (*Acometido de un amago de ngoja momentáneamente, se apoya en el respaldo del lon.*)
Q. Y yo, qué tengo que ver?.. Pero... (qué tiene?) ué es eso?
Nada, nada: una especie de vahido; ya se ha palo... es de debilidad; no me he acordado en todo el de tomar alimento... nada, no importa...
Q. Quiere usted tomar algo? (*señalando la mesa.*)
Gracias, gracias; no vengo para eso.—Pues, como cia, mi hija está presa.
Q. Y acaso, puedo yo hacer algo en ese asunto?
Mucho, señor Marqués.
Q. Yo?
Usted!..
. (*algo inquieto.*) En fin; vamos á ver lo que usted iere que haga.
(*con un tono en que se deja ver la amenaza.*) No go necesidad de decirlo... Usted sabe mejor que yo que debe hacer para que obtenga justicia: no le o á usted mas, señor Marqués.
. (Sabe algo.) Usted se equivoca, yo no soy su juez.
No; pero es usted rico, poderoso; está usted seguro la inocencia de Maria; sabe usted muy bien que ella ha hecho mas que recoger caritativamente el niño ahora le dicen que ha querido matar... y creo que eso basta para que usted se interese por esa jóven.
. (Sabe algo y no quiere decirlo.) Con efecto, esos motivos mas que suficientes para interesarse por ; y si usted tuviese algun medio para justificarlos, una prueba que darme de su inocencia...
Basta con que usted diga lo que sabe, y le creerán sted: todo el mundo conoce que nosotros los pobres tenemos tanto honor, que nos decidamos á matar stros hijos.
MARQ. (Lo sabe todo. Ah! yo le haré hablar.)
ANT. Conque espero, señor Marqués, que hoy mismo dará usted un paso decisivo con el juez. Por el honor de su hija de usted, señor Marqués, le ruego que salve á la mia.
MARQ. Comprendo muy bien el cariño que profesa usted á esa jóven, que desde luego me interesa; deseo que juntos acordemos lo que pueda hacerse en su favor, y para tratarlo con la estension que requiere, para que nadie venga á incomodarnos, voy á terminar un negocio urgente á mi despacho, y en seguida soy todo de usted. Tenga usted la condescendencia de aguardarme un momento.
ANT. En horabuena, aguardaré. (Oh! la muger aquella ha dicho la verdad.)
MARQ. (Yo le haré que hable.) (*vase.*)

## ESCENA III.

ANTONIO.

Qué mala cara tiene ese hombre! Y es una cara que yo he visto en alguna parte, que no puedo recordar... Válgame Dios! Bien, que he visto tantas malas caras en este mundo, que vaya usted á saber... Y esa señora tan jóven y tan pálida que salia de aquí cuando yo entraba, será la madre en cuestion? Y estas gentes tienen hijos! Cómo dá Dios hijos, Señor, á quien es capaz de abandonarlos asi! de matarlos tal vez! Y pasarán por unas gentes muy buenas, de altas cualidades; como suelen decir! Desde que tengo una hija por quien mirar, es desde cuando me parece que acá abajo tiene mucho que hacer Dios para arreglarnos. Qué lujo! Qué riqueza! Es posible que todo esto lo disfrute una sola familia! Yo sabré... (*á este tiempo ha salido el Marqués con precaucion.*) Ah! me pongo malo.
MARQ. Mucho recelo que á pesar de mis dádivas no declare... Probemos.

(El tio Antonio, que al sentirse amagado de una congoja se hallaba junto á la chimenea, tira del cordon de la campanilla, que está al lado, y despues cae desplomado en tierra.)

ANT. Llamaré...
MARQ. Qué hace? Por qué llamará? Cielos! Vacila... (*se acerca.*) Desmayado! Es una congoja por lo menos.

## ESCENA IV.

*Dichos*, AMBROSIO *y* MARCOS.

MARCOS. Señor, llamaba V. S.? Qué es eso?
AMBR. Pobre viejo! (*llegándose.*)
MARQ. Levantadle. (*los criados incorporan en el suelo al tio Antonio.*)
MARCOS. No vuelve en sí: voy á llamar al médico?
MARQ. No. Es una congoja, sin duda de necesidad; dijo hace poco que no habia comido hoy; sentadle en esta silla, y á ver si puede pasar un poco de vino.

(Le han sentado, y Ambrosio se dirige á tomar de la mesa aparada una botella y una copa.)

No: de ese no. (*el marqués con afan toma otra botella de vino.*) Este le confortará mas.
AMBR. Venga. (*echa un poco en una copa grande.*)
MARQ. Echa mas, mas; eso no es nada.
AMBR. Canario! (*oliéndolo.*) Si este vino es muy fuerte; con medio dedito...
MARQ. Valiente cosa para un hombre que estará acostumbrado á beber... llénala, eso no es nada.

AMBR. (Si sabré yo lo que es este vino? Y el otro dia con dos sorbos me puse calamocano.) Tome usted, buen hombre... parece que vuelve en sí.

MARQ. Dale de beber y calla. (*colocado detras.*)

(Ambrosio aplica la copa á los labios del tio Antonio quien ha habierto los ojos, sin haber recuperado aun el sentido, y bebe, aunque con alguna dificultad al principio, hasta volver en sí.)

Dale mas, dale mas.

(Despues de haberle hecho beber la mitad de la copa, Ambrosio mira á su amo para consultarle con la vista si le ha de dar mas.)

AMBR. Es que como no ha comido, segun dice V. S...

(El Marqués hace un gesto imperativo, y Ambrosio hace beber al tio Antonio lo que queda.)

Anda, hijo! Pues señor, se lo coló: y no parece que le ha sentado mal.

MARQ. (Ya es mio; él hablará.) Me retiro, pronto vuelvo; decídselo si pregunta por mí. Dadle de beber lo que quiera. (*se vá.*)

## ESCENA V.

ANTONIO, AMBROSIO *y* MARCOS.

AMBR. Vamos, buen hombre! Qué ha sido eso? Voto al chápiro!

ANT. Qué? (*sin poder aun comprender lo que le ha pasado.*)

AMBR. Se ha puesto usted un poco malo; pero ya se pasó; no hay cuidado.

ANT. Eh?

AMBR. Ha sido una congoja nada mas.

ANT. Ah! sí. Me ha durado mucho? Tiré del cordon...

AMBR. Pues; y acudimos... Cómo se siente usted?

ANT. Oh! (*metiéndose con rapidez la mano en el bolsillo del pecho, y tranquilizándose luego.*) Bien; sí; me hallo bien; sólo siento un ardor en el estómago...

AMBR. Ya lo creo. Como que para reanimarle á usted le hemos dado un sorbito de lo añejo... Vaya un bálsamo que ha bebido usted!

ANT. Me han dado ustedes vino?

AMBR. Pero qué vino!

ANT. Veinte años hace que no lo pruebo.

AMBR. Quiere usted mas?

ANT. No por cierto: ahora menos que nunca, porque tengo que... la cabeza se me arde, (*se levanta y vacila.*) y... No ha vuelto el marqués?

AMBR. Ha dicho que no tardará; que haga usted el favor de aguardar un poco mas.

ANT. Ja, ja, ja. No sabe él la que le espera.—Diantre! Me flaquean las piernas... pero no hay cuidado: lo que es la cabeza, está firme.

AMBR. Lo que usted tiene ahora es debilidad. Tome usted un bocado.

ANT. Peh! Ya que me han dado ustedes de beber... para hacer lastre... porque se me figura que... (*señalando la cabeza.*) Eh? ja, ja, ja... Pero estoy mas fuerte que el Cid... (*se dirige á la mesa.*) Qué hay aquí?

AMBR. Salchichon, anchoas... qué sé yo; si usted quiere se le sacará caldo y una chuleta.

ANT. Eh! venga salchichon; á mí lo mismo me dá... (*come un poco.*) Así como así... no tengo gana... lo que yo necesito es que venga el marqués.

AMBR. Quiere usted un trago? (*á Marcos.*) Dónde está la botella de antes?

MARCOS. Se la ha llevado el amo; aquí tienes otra.

AMBR. Sí; pero ese es diferente, y porque no mezclas

ANT. Hombre, yo tengo sed: á ver, agua.

AMBR. Aquí tiene usted vino.

ANT. Venga. (*contemplando la copa.*) Este será de bueno. (*lo prueba.*)

AMBR. Valdepeñas legítimo y añejo.

ANT. Efectivamente.—Cada vez que pienso que este e vino que bebe diariamente ese cara de vinagre!...

AMBR. Quién?

ANT. Ja, ja, ja. Nadie: (*bebe la copa.*) ajajá, ya esta en regla. Que venga ahora el marqués, que yo le dir

AMBR. A mi amo?

ANT. A su amo de usted, sí señor. Usted no sabe qu es su amo: yo lo sé, y nos veremos.

MARCOS. Yo creo que está algo... (*gesto con que se in que está uno algo bebido.*) eh?

AMBR. (Ya lo esperaba yo, si se empeñó el amo.)

ANT. Ya puede venir cuando quiera ese señor marq con mas vanidad que don Rodrigo en la horca.

AMBR. Pero de quién está usted hablando?

ANT. Ja, ja, ja... Pobre hombre! De nadie.—Yo ma aquí.

(En este momento se ve al marqués asomado á una pu observando el estado del tio Antonio con complacencia.)

Yo tengo en mi mano la estrangulacion de los pica soy capaz... (*reparando en Ambrosio y creyendo q temor que manifiesta de que le oigan dar voces, es se ausenta de él.*) Ja, ja, ja, con usted no va n hombre; vengan esos cinco; (*apretándole la mano.*) la justicia cuando es justa, y viva la alegría cuanc bestial.

AMBR. Yo voy á avisar al amo. (*á Marcos.*)

ANT. (*que lo ha oido,*) Bien hecho.

(El marqués, que estaba observando, llama por sei Ambrosio, que iba á dirigirse al foro y figura decirle p bajo, que diga á Marcos que se retire tambien: todo lo mientras el tio Antonio dice lo que sigue:)

ANT. Al amo es á quien yo necesito. Digo, él me nece á mí... No, yo soy quien le necesita á él... Es de los dos necesitamos... sólo que yo... yo puedo.. tengas cuidado... (*á Marcos al pronto.*) Yo sé muy lo que tengo que hacer... Yo soy el rey aquí... yo r do... con vosotros no va nada... vosotros no sabe Tú eres un buen hombre que crees que estás sirvie á un señor muy bueno, y no hay tal cosa... pero tengas cuidado, lo que debes hacer, cuando salga dejarme á mí... lo entiendes?—Tú no tienes... Ca pues se ha ido... Me han dejado solo... Yo tengo ver al marqués.

(Se dirige hácia un gran espejo y se queda mirán como si quisiera reflexionar sobre su estado.)

Bueno estás, Antonio! No estás tú para firmar.

(Se tienta el pecho, saca la cartera, la abre, saca de la carta y la vuelve á guardar.)

Aquí está.

(Se mete la cartera otra vez en el pecho y se abre despues mira al rededor con desconfianza, echa otra ojea espejo y dice:)

Vámonos de aquí.

(Se dirige á la puerta del foro, y por la derecha s marqués.)

ESCENA VI.

MARQUÉS *y* ANTONIO.

RQ. Perdone usted si le he hecho aguardar tanto tiem-
o: aquí me tiene usted á su disposicion.
. Gracias... ya, ya me iba... digo, ya me voy, porque...
RQ. Oh! de ningun modo; no quiero haberle hecho á
sted aguardar inútilmente.
. No; no he perdido el tiempo: pero lo que es ahora...
hora me tengo que ir...
RQ. No lo consentiré: usted me dijo que tenia pruebas
e la inocencia de María, y yo me intereso por esa jóven
emasiado, para que pueda dilatar un momento...
. No andemos con rodeos: usted la va á poner en li-
ertad mas pronto que la vista, ó de lo contrario, yo le
rreglaré á usted las cuentas. María es inocente, y no
sabe usted solo; yo lo sé tambien... y yo... yo... yo
uedo en fin, quédese usted con Dios... (*va á salir.*)
RQ. Miserable! (*poniéndose delante.*) No saldrás de
quí como has creido. Qué es lo que has guardo en el
olsillo del pecho hace pocos momentos? Qué contiene
a cartera que tenias en la mano?
No se acerque usted.

(Arrojándose sobre él, le derriba en el suelo de un empe-
El tio Antonio cae de espaldas desplomado, y queda
vil unos momentos del golpe, durante los cuales el mar-
le desabrocha y saca la cartera; la examina; saca la carta,
e á meter la cartera al tio Antonio en el bolsillo; luego
a la carta en una vela de un candelabro que hay al otro
en un aparador. El tio Antonio, haciendo un esfuerzo
do siente que le mete la cartera, abre esta y la examina,
echar de menos la carta, vé que la está quemando el
ués, y se levanta haciendo algunos esfuerzos: todo segun
a el diálogo.)

Q. Sucumbirás como en otro tiempo. Ya está en mi
der. Qué veo! Una carta de mi hija, y esta cartera
Santiago Contreras. Ah!
Mi carta, me ha robado mi carta... la quema...
fame! mi carta, mi carta.
. Ola acudid. (*abriendo la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

*Dichos*, MARCOS AMBROSIO *y otros criados.*

s. Señor.
. Apoderaos de ese hombre: es el asesino de San-
go Contreras.

Los criados hacen un movimiento y se paran al grito
le del tio Antonio que avanza al medio del teatro.)

Ah! asesino! Tú! tú: te conozco, hace veinte años...
yo he bebido... Oh!

Arroja con violencia la mesa aparada al suelo, y queda
dio de la escena en un ademan que para á los criados
an intentado apoderarse de él. El Marqués se oculta
de los criados.)

ién?.. quién?.. Qué quereis? Bandidos!.. Mi carta,
carta. Ah! Pobre Maria, no hay salvacion para tí!
*e en brazos de los criados que le llevan.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.

## CUADRO PRIMERO.

Despacho de un Comisario de Cuartel; dos mesas de escribir con papeles, legajos etc., un estante con legajos y cajones figurados, y sillas etc. Al levantarse el telon aparecen en el foro, un escribiente y el tio Antonio acompañado de dos guardias civiles.

ESCENA PRIMERA.

ESCRIBIENTE, ANTONIO, *y guardias civiles con fornituras y sin fusil.*

ESC. Ya no puede tardar en venir el señor Comisario. Que entre ese hombre, para que cuando llegue su señoria le tome declaracion, á fin de conducirle á la cárcel. Entre usted y siéntese, si gusta.

(El tio Antonio entra con muestras de grande abatimiento: lleva en la mano el sombrero. El Escribiente le pone una silla en primer término á la izquierda, y se pone á escribir en la mesa de la derecha. Los dos guardias civiles que están solo con cartuchera y sable, se retiran al foro y se sientan en un banco que hay en frente de la puerta, en aquel recinto que figura ser un pasillo.)

ANT. (*sentado y despues de mirar al rededor y suspirar.*) Ah! no hay consuelo para mi! Qué es lo que he hecho, Dios mio! Cuando Maria sepa que yo tenia la prueba de su inocencia en mi poder... que tenia su salvacion en mi mano, y que lo he perdido todo: que he dejado sucumbir á la hija lo mismo que dejé perecer al padre! Pero, que vá á ser de ella? Qué puedo hacer cuando dentro de una hora estaré encerrado en un calabozo como un asesino, y tal vez sentenciado despues. Pobre hija mia! Virgen santa! (*se levanta.*) Inspiradme! Qué haria yo para salvarla? Cómo acusar al criminal sin tener la menor prueba? Y á un hombre como él acusarle yo! Un miserable trapero á un Marqués; el pobre al rico, el desvalido al poderoso; el preso al que le aprisiona, el hombre de bien al infame. Oh! Maria, estás perdida! No habrá justicia en la tierra? Esto me desespera. Es preciso salvarla ó morir; y lo conseguiré; no sé cómo; pero no puede Dios dejar perecer asi la inocencia, aunque todo el infierno se empeñase. Ah!

ESCENA II.

*Dichos y el* COMISARIO.

ANT. Señor Comisario, deseaba con ansia que viniese V. S. para...
COM. Silencio. (*interrumpiéndole y sentándose en la mesa de la derecha.*) Lo primero es contestar á las preguntas que voy á dirigirle á usted.
ANT. Es que ayer han preso á una pobre inocente. (*con humildad.*)
COM. Le digo á usted que va usted á contestar...
ANT. Una jóven inocente llamada Maria Contreras...
COM. Se trata de usted, de usted. Está usted acusado de haber robado y muerto hace veinte años en la plazuela de Afligidos, á un hombre llamado Santiago Contreras.
ANT. Señor Comisario, le juro á usted por lo mas sagrado que Maria es inocente.
COM. No es eso lo que á usted se le pregunta; no se mez-

cle usted en los asuntos de otros; de quien se trata es de usted.

ANT. Inocente como la Virgen María, cuyo nombre lleva; yo estaba ya para justificarla...

COM. Pero no oye usted lo que se le dice?

ANT. Si señor, si.

COM. Está usted acusado de un asesinato.

ANT. Bueno.

COM. Acompañado de robo.

ANT. Bueno, bueno; no importa; ya lo he oido, yo me justificaré; no tenga usted cuidado por mi: si eso no corre prisa; lo que urge es libertar...

COM. (*incomodado.*) No trate usted de eludir la respuesta. Aqui es usted solo el acusado; usted...

ANT. Si, ya lo sé; pero es porque quieren perderla, y porque yo quiero salvarla, es por lo que me acusan... para tenerla á ella desamparada de todo el mundo. No se trata de mi, sino de ella. (*con sensibilidad.*) Hágase V. S. cargo de ya hace cerca de veinte y cuatro horas que está en un calabozo, que no la he visto; me impidieron acompañarla porque no es mi hija verdadera; como si los hijos del corazon no fueran tanto para uno como los de la sangre. Oh! al menos no se les abandona jamás.

COM. Concluyamos. Esa no es la cuestion; usted trata de eludir...

ANT. Perdóneme usted, señor magistrado, yo me estravio, digo mil necedades, ya lo sé; pero es porque... porque no puedo contenerme; y sea lo que quiera, yo no me defenderé á mi, sino despues de que ella esté libre: y si no la salvo, sino liberto á esa hija, única familia que Dios ha dejado en el mundo á este anciano no me importa nada la vida. (*con exaltacion.*) No; si no la salvo, bien pueden acusarme de todos los crímenes, de todos los asesinatos, de todos los robos que quieran... yo los habré cometido, si, y me dejaré acusar, condenar y quitarme la vida; y si no me la quitan, me ahorcaré yo mismo... yo mismo; si señor, si no salvo á la hija de mi corazon.

COM. (Qué diantre de hombre! me ha conmovido á pesar mio!) Pero vamos á ver. Ya que tan penetrado está usted de la inocencia de esa jóven, conocerá usted á los culpables?

ANT. Si señor, los conozco.

COM. Pues nómbrelos usted, tendrá usted pruebas...

ANT. Esa es mi desgracia: conozco á los culpables, si señor; y tenia la prueba, la tenia... y ahora aunque yo los nombre... sin pruebas... cómo?.. Si yo tuviera una, una siquiera... (*de repente como inspirado.*) Ah! La tengo... si, la tengo, no una prueba, ni dos, ni... si no que tengo el medio... un medio de...

COM. Un medio, cual?

ANT. A ver; présteme usted tres mil duros.

COM. Eh? usted está loco?

ANT. No, señor Comisario; no estoy loco; sé muy bien lo que me digo: présteme usted tres mil duros, de usted ó de la comisaria, ó de cualquiera.

COM. Se está usted burlando de mi? Ahora tenemos ahí tres mil duros para...

ANT. Qué, no los tiene usted?

COM. Ea, basta. Cree usted que estamos aqui para chanzas?

ANT. (*dolorosamente.*) Oh! y puede usted figurarse que me chanceo, cuando mi hija está en un calabozo desde ayer! Seguramente que no es ocasion para chancearme esta, y si viera usted lo que pasa aqui dentro!...

COM. Por la última vez hable usted con formalidad... ó....

ANT. Pero si le digo á usted formalmente que necesito tres mil duros para salvarla?

COM. Vamos, esto raya en locura ó es una supercheria

ANT. Ah! no señor; no trato yo de engañar á la justi en mi vida he engañado á nadie. Por lo que usted quiera, le suplico que me atienda. Si no la libro, cierreme usted en un calabozo. Y solo los necesito un rato... Por mi parte no los tocaré siquiera. Usted mismo los tendrá en sus manos el tiempo ne sario para lo que yo...

COM. Pero, qué quiere usted hacer?

ANT. Oh! no puedo decirlo: ese secreto es mi único curso, y me le quisiera callar á mi mismo, por te que se me evapore respirando. Pero usted vendrá c migo; usted mismo ó sus agentes, puede usted hace seguir por un regimiento.

COM Vamos; esto no es mas que un ardid para es parse ó ganar tiempo.—(*á los guardias civiles.*) A lleven ustedes á este hombre á la cárcel.

ANT. (*cayendo de rodillas en la mayor afliccion.*) no; por Dios: míreme usted de rodillas suplica como no he suplicado á nadie mas que al Cria escúcheme usted; es la verdad pura lo que le he di (*el Comisario hace seña á los civiles para que se le ven, y ellos se acercan á Antonio; con voz desgarrado* Pues bien; le hago á usted responsable ante Dios. todo el mal que caiga sobre dos inocentes.

## ESCENA III.

*Dichos,* DON LUIS.

ANT. Ah! se ha salvado.—Don Luis, ¿ama usted á ría?

LUIS. Y lo duda usted?

ANT. Y la cree usted culpable?

LUIS. Por mas que todo la acusa, no lo puedo creer.

ANT. Ah! Usted la conoce bien; usted es digno de déjeme usted que le abrace. (*al Comisario.*) Lo vé ted? El señor cree tambien en su inocencia, quiere varla y la salvará, porque tiene lo que... Don L présteme usted tres mil duros.

LUIS. Cómo?

ANT. Tres mil duros, que necesito para probar su cencia.

LUIS. Desgraciado; yo nada poseo...

ANT. Usted?

LUIS. Lea usted la contestacion del marqués, á la que le escribí renunciando á la mano de su hija.

ANT. (*lee y el Comisario presta atencion.*) «Querido L espero que cambiarás de resolucion cuando sepas la jóven á quien querias sacrificar tu enlace con mi ja, está presa y acusada de conato de infanticidio. cuanto á tu fortuna, siento darte este golpe; tod has consumido tú, como lo prueban las cuentas puedes examinar cuando quieras. Te aguardo hoy mo: me hallarás dispuesto á exigirte un saldo de cu to recibí de tu padre y has gastado, ó á entregart dote de mi hija, que es considerable; ambas cosas dejo á tu eleccion, pues todo se le perdona á aqu quien se ama. De una parte tienes la pobreza y la güenza; en la otra te espera un millon: escoge.» mio! Dios mio! Pero no me importa; usted sino t dinero, tendrá usted amigos á quienes pedirlo prest

LUIS. Tal vez, pero...

ANT. No tema usted. Antes de 24 horas podré devol selo: no necesitará usted al marqués para pagarlo: se usted de mi: yo no quiero mas sino que usted dé, es decir, que me preste... no, que me confie se ta mil reales por algunas horas, y María vuelve á n

tros brazos, libre, pura, inocente como usted la conoció!
IS. Oh! Daria por conseguirlo mi vida entera.
NT. Pues vamos; vaya usted á buscar ese dinero; pero le encargo á usted el mayor sigilo: finja usted, por Dios, haber abandonado á María.—Consienta usted aparentemente en casarse con la hija del marqués: convéngase usted á todo, y yo le entregaré á usted mi María, si el señor Comisario me permite...
M. Consiento en ello; aun cuando me es imposible dejarle á usted en libertad: esa carta del marqués me llama la atencion sobremanera; y ademas... Este hombre deja ver una conviccion que... en fin, la justicia... no debe perdonar ningun medio por estraño que sea, para averiguar la verdad.
T. Ah! gracias, gracias, señor Magistrado. No sabe usted el bien que me hace; pero le suplico á usted que sin dejarme libre, y aunque sea con una argolla al cuello; me deje usted decir y hacer lo que yo quiera hasta el fin. Usted es un hombre de talento, de habilidad; pero yo la tengo aun mayor en este asunto; veo mas claro que todo el mundo, porque veo con el corazon.—Pobre hija mia, la quiero tanto, que conseguiré anonadar á los culpables; si, lo conseguiré ó perderé la vida. Ah! Dios le pague á usted el bien que nos hace. (*le besa la mano conmovido.*) Ahora cada uno á su puesto: usted, don Luis, á enviarme ese dinero; yo quedo en poder de la justicia; marchemos.

(Don Luis sale delante. El tio Antonio se coloca en medio los dos guardias civiles, uno de ellos le dá el brazo, y el tio tonio se agarra de él con satisfaccion.)

MUTACION CON CORTINA.

## CUADRO SEGUNDO.

La habitacion de la señora Agustina.

### ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA AGUSTINA.

(*Arreglando los muebles.*) Nada se ha sabido; nada. Oh! no tengo por qué temer, y el marqués me dará lo que me tiene ofrecido, ó de lo contrario le amenazo con declararlo todo á la justicia, luego que me halle fuera de España. Le tengo bien sujeto; y si ese tio Antonio no sabe sacar partido de la hija, lo que es yo, ya me entenderé con el padre. (*se oye llamar.*) Alguien viene. (*sale la criada.*)
US. Quién es?
IA. He mirado por el ventanillo y he visto á aquel hombre que estuvo ayer hablando con usted.
US. Ah! que entre. (*se va la criada.*) Si habrá conseguido algo? Él parece bastante ladino y determinado!

### ESCENA II.

*Dicha y* ANTONIO, *con un agente.*

T. Buenos dias, señora Agustina.
US. (*poniéndose seria luego que repara que no viene solo.*) Felices, señores... En que puedo servir á ustedes?
T. En nada, señora Agustina. Somos nosotros los que vamos á servirle á usted. Vengo á cumplirla á usted mi palabra, porque yo soy asi. Ya lo vé usted.
US. Su palabra?
T. Si, vengo para que ajustemos cuentas.
US. Nosotros?
ANT. Si, si señora; no hay cuidado, está en el negocio. (*por el agente.*)
AGUS. Qué negocio?
ANT. Bá! no andemos con andróminas; puede usted hablar delante de él, porque lo sabe todo: como que ha desempeñado lo mas peliguado del asunto; y á las mil maravillas.
AGUS. Yo no le entiendo á usted.
ANT. Saque usted ese dinero, hombre. (*el agente saca billetes de banco de una cartera.*) Cayó el pez; se consiguió el objeto, y la traigo á usted su parte.
AGUS. Mi parte? (*mirando los billetes con recelo.*)
ANT. Ah! si usted no la quiere, tanto mejor. Páselo usted bien.
AGUS. Pero oiga usted. Si usted no se esplica...
ANT. Pero hija, si usted no me entiende. Yo he cumplido...
AGUS. No señor; venga usted acá; como le pilla usted á una de sopeton, y como veia que eran ustedes dos... Yo no sabia... El señor, dice usted que está en el negocio?
ANT. He tenido precision de valerme de él.—Oh! y no tenemos por qué arrepentirnos, porque es sugeto muy á propósito y lo mas callado que puede darse. Ya conoce usted que para imponer un poco al otro y sacar mas partido, necesitaba que se le presentase un caballero, y ya lo vé usted, el señor es un caballero. (*cortesia afectada del agente.*)
AGUS. Ya, ya entiendo.
ANT. Y venimos aqui á hacer las particiones, para que el señor se satisfaga de que yo tengo que cumplir con usted, y no crea que... y al mismo tiempo para que usted tambien sepa quién es el que entra á la parte.
AGUS. Válgame Dios! Y yo que ya no contaba... siéntense ustedes, tomarán ustedes algo. (*pone en el velador una bandejita con vizcochos y un plato con copas, una botella y echa licor.*)
ANT. Gracias, gracias.
AGUS. Vaya! vaya! con que al fin... ya sabia yo que sacariamos mucho partido de... y cuánto, cuánto hay?
ANT. Oh! hay una buena cantidad; pero ya vé usted que somos tres.
AGUS. Ya, es que...
ANT. Le hemos sacado al marqués sesenta mil reales, en catorce billetes de á cuatro mil, igualitos á los que él la dió á usted, y cuatro de á mil.
AGUS. Sesenta mil!
ANT. Eso es; tres mil duros cabales.
AGUS. No les ha dado á ustedes mas? Cuidado que ya sabe usted que yo puedo saberlo.
ANT. Señora Agustina, con quién cree usted que está tratando?

(Durante esta escena el tio Antonio y el agente se dirigen ciertas miradas de inteligencia, segun las aclaraciones que van resultando.)

AGUS. Es decir que me corresponden treinta mil reales?
ANT. No, prenda: sesenta entre tres, á veinte;—veinte mil son los que le corresponden á usted.
AGUS. Nada de eso; yo le he dado á usted la carta de la señorita Clara por la mitad de lo que se sacase de ella; si usted ha buscado un compañero, yo nada tengo que ver con él. Esa será cuenta de ustedes dos: usted nada me ha dicho antes, y asi yo quiero la mitad de los tres mil duros.
ANT. Pero usted ha tomado ya treinta y dos mil reales por un lado por llevarse al chico.
AGUS. Dale.
ANT. Diez mil por tirarle al pozo...
AGUS. Yo no le tiré...

Ant. Bien, por dejarle en el pozo... eso no es ahora del caso.

Agus. Y todo debia ser para mi, si á eso-vamos; porque usted, qué es lo que ha hecho mas que devolverme un dinero que era mio, y que usted se habia encontrado? Y á fé que si entonces me hubiera yo empeñado en no decirle á usted, de dónde lo habia sacado y me hubiese guardado la carta...

Ant. Convenidos; lo que es eso, ya lo vé usted, tiene razon: (*al agente.*) todo lo ha hecho ella, y me parece que usted se hará el cargo... (*gesto de conformidad del agente.*)

Agus. Cualquiera se lo hará.

Ant. Pues señor, me convenzo; dela usted la mitad, y nosotros nos arreglaremos como podamos. (*el agente dá los billetes al tio Antonio, contando la mitad, y el tio Antonio se los entrega á la señora Agustina.*)

Agus. Yo siempre creí que debia sacarse muy buen partido de este negocio.—Gracias, voy á ponerlos con los otros. (*los guarda en la cómoda.*) Y segun se han complicado las cosas, quién sabe donde esto hubiera podido ir á parar si...

Ant. Sin embargo; ya no podemos sacar mas: ha sido preciso entregar la carta al tomar los patacones.

Agus. Qué lástima! Una mina como esta!

Ant. Si; haber perdido el filon cuando mas producia! No tendria usted aun algun otro instrumento que pudiera hacernos al caso? Porque aqui tenemos para el puchero, digámoslo asi; pero si pudiéramos sacar para el principio... Eh?

Agus. Ahora que me acuerdo, aun conservo yo un dulcecito para los postres.

Ant. Golosilla! (*dándole con el dedo en la nariz.*) Y qué es? Qué?

Agus. Cuando el marqués cortó las marcas de los pañuelos que me sirvieron para envolver al niño, recogí al descuido las puntas, y creo que he de tenerlas aun. (*va por ellas.*)

Ant. Somos felices, eh? Quién sabe el partido que podemos sacar de esa bicoca.

Agus. Vea usted las iniciales con una corona de marqués encima. (*entregándoselos.*)

Ant. Esto corona la fiesta, eh? (*al agente.*)

Agus. Pero se entiende que de lo que se saque, á mi se me ha de dar siempre la mitad.

Ant. Amiga, ahora somos tres, y es preciso que el señor diga lo que se debe hacer. Estamos?

Agus. El señor? Y qué tiene que decir el señor?

Agente. Va usted á verlo. Hola? (*ábrese la puerta del foro y aparecen tres agentes y dos civiles sin cartuchera ni fusil.*) Apoderaos de esa muger como cómplice del marqués en el crímen de infanticidio.

Agus. (*estupefacta.*) Cómo? Qué es esto? A mi?

Ant. A ti, que has confesado el delito; á ti que poseés las pruebas, porque las pruebas están tambien ahi; (*señalando al cajon de la cómoda de donde el agente saca los billetes.*) Además de las marcas, los billetes de banco del marqués, de los cuales ocho están agujereados con mi gancho y tienen aun el lodo de la calle donde los encontré.

Agus. Esto es una infamia!... Robarme lo que es mio!

Agente. Silencio. El tribunal decidirá.

Agus. Oh! Ese bandido es el que...

Ant. Cabal: estas cosas se hacen asi. Tengo las pruebas de que María es inocente! (*dirigiéndose al cielo.*) Oh! Gracias! Ahora puedo defender mi vida. Vamos á descubrir al asesino de Santiago!

MUTACION CON CORTINA.

## CUADRO TERCERO.

Rico tocador de Clara en casa del marqués: puerta en foro y una á cada lado. Grandes espejos de vestir á la izquierda, á la derecha lababo de lujo.

### ESCENA PRIMERA.

Clara, Rosa *y otra doncella están acabando de vestir á boda á Clara.*

Rosa. Qué bien le cae á usted este aderezo de perla señorita; es de tan buen gusto!

Cla. Verdad es: aunque (*mirándose al espejo.*) yo no s si estaria mejor con el de brillantes que me ha traid mi padre.

Rosa. Señorita, para antes de la boda está mejor est es mas modesto y al mismo tiempo rico y elegante.

Cla. Si, pero no deslumbra tanto como el otro; y quiero, si es posible, esceder á todas en riqueza, y ecli sarlas al presentarme en el salon. Las mugeres de rango se casan para dar importancia á sus maridos c el lujo que ostentan; yo asi lo he comprendido siempr y casándome con don Luis, lo creo aun mas necesari porque es tan poco el caso que él hará de su muge que si no le gasta cuanto tenga, apenas notará que tiene: estoy segura de ello; hoy mismo no se ocupa la boda; mira este momento como si se tratase de simple paseo ó de una noche de baile á lo mas. Bi que á mi me es indiferente cualquiera que sea su co ducta para conmigo.

Rosa. Indiferente, y sin embargo, se manifiesta usted comodada por creer que halla usted en él frialdad.

Cla. Incomodada! No te diré que no; pero es porque orgullo se ofende con esa indiferencia natural, ó est diada, porque no la comprendo bien. He creido siemp que mi padre no podia haberme elegido un esposo m nos á propósito... En fin, eso no tiene remedio.—l tá ya?

Rosa. Si señora, puesto que vá á venir el capellan pa desposarla á usted, voy á colocarla el velo en la c beza.

Cla. Haz lo que quieras. (*Rosa la pone un velo largo la cabeza.*)

### ESCENA II.

*Dichas, el* Marques.

Marq. (*contemplando á su hija.*) Bien, Rosa, bien: h vestido á tu señorita con mucho gusto. Hija mia, to nos sonrie; pero van á llegar nuestros amigos. (*á l doncellas.*) Decid al mayordomo que el desposorio verificará en el salon que dá al jardin; que cuida falte el menor requisito. (*vanse las doncellas.*) Vamo Clara, qué dirás ahora? Ves como Luis anhelaba tan bien este enlace?

Cla. Solo sé que manifestó terminantemente su resol cion en contra.

Marq. En un momento de estravio; pero vuelto á razon, ha comprendido lo insensata que era su resol cion.

Cla. Bien; en el caso en que ya nos encontramos, debo reflexionar, sino obedecer; no solo á mi padre, no al destino que lo ha dispuesto asi. Desde que sé q de este enlace depende nuestro porvenir y nuestra fo tuna; desde que vi en él la salvacion, y fuera de él

iseria, cerré los ojos y no los volveré á abrir sino ıando lo vea terminado; y si entonces hallo un abis-o á mis piés, seguiré adelante hasta precipitarme en . (*con amargura.*)

Q. (*incomodado.*) Si te crees con derecho, porque sa-ifico mi reposo á tu dicha, para reconvenirme con ıargos pronósticos, te prevengo, Clara, que no siem-e seré tan indulgente contigo, como lo fuí cuando bí castigarte con todo el rigor de un padre burlado espuesto á la pública maledicencia; asi espero que ı queja que acabas de proferir, será la última que ga de tus lábios. Silencio para siempre: se acabó el ırmurar. Voy á buscar á Luis, que me espera en casa l notario. Ya sabes mi resolucion; espero ser obede-lo.—A Dios. (*vase.*)

## ESCENA III.

CLARA, *sola.*

s esa la felicidad que me aguarda? Son estos los go-que me prepara ese decantado enlace? Pero, á que atormentarme? Ha habido para mi hasta ahora, otra cidad que el lujo y los placeres? No sacrifico á esa ion todo lo demás? Sí, todo; por no renunciar á s, permanezco sorda á los gritos de mi conciencia. acusada por mi causa á una inocente jóven, y en-dezco yerta por temor de que caiga sobre mi la exe-cion que sobre ella fulmina la calumnia. Madre des-lada, ahogo en el silencio los remordimientos de mi ızon, y no me atrevo ni aun á preguntar si vive ó ere ese desgraciado, porque su inocente existencia de ser aun el padron de mi infamia. Ah! no hay a que soy muy criminal! Si el mundo lo supiera! no me execraria! Cómo se complaceria en humillar-Pues no; no lo sabrá: no tendrá esa horrible com-encia... (*esforzándose por reprimir el llanto.*) Aho-dentro del pecho los suspiros, las lágrimas, el do-que me destroza el corazon.—Erguiré mi frente o otras mil que debiendo humillarla, la levantan nera, y el mundo me creerá como las cree á ellas... ectará creerme y me respetará. Tranquila estoy. to pueriles han sido mis temores, en verdad, y no ómo han podido agitarme de tal modo. Estoy tran-a.—Quién llega? (*con altivez.*)

## ESCENA IV.

CLARA, MARCOS, *y luego* ROSA.

s. El señor don Luis.

Cielos! No; no puedo recibirle. (*Marcos se apre-á dar el recado á don Luis, que se supone fuera, imo á entrar y vuelve.*) Me abruma con su presen-

s. Preguntaba por el señor Marqués, y no hallán-en casa, dice que necesita hablar con usted pre-nente.

Dile que nos veremos en el salon ahora mismo; que esperan ya varias gentes, no es asi?

s. Ya han llegado una porcion; y como no está el r Marqués...

Iago yo falta: ciertamente; voy allá.

Señora, señora; yo no sé cómo decirle á usted... sa se ha llenado de gentes de justicia, y un magis-que viene á su frente pregunta por usted.

Por mi? (*admirada.*)

## ESCENA V.

*Dichos, el* MAGISTRADO *y alguaciles.*

MAG. (*á los alguaciles.*) Que nadie salga de esta casa, ni hable con su dueño cuando llegue. Señorita, siento en el alma interrumpir sus placeres, pero como Magistrado, tengo que llenar un deber sagrado en este momento. Su padre de usted...

CLA. No está en casa.

MAG. Por eso justamente...

CLA. (*reponiéndose de su turbacion con dignidad.*) Y puesto que sabiendo que se hallaba ausente, no se ha vacilado en penetrar hasta la habitacion de su hija, sin miramiento á su clase y á su estado; no deberá estrañarse que para evitar un nuevo desacuerdo, esa hija ultrajada, se retire inmediatamente de aquí. (*va á irse.*)

MAG. Perdone usted, señorita: su presencia de usted es indispensable en esta ocasion: está usted complicada en las revelaciones que cierta persona acaba de hacer al tribunal.

CLA. (*empiezan á entrar los convidados en la estancia atraidos por la curiosidad,*) (Cielos! Aquella mujer tal vez!... Pero mi padre quemó la carta.) Solo la impostura puede complicarme en revelaciones hechas delante de los tribunales...

MAG. Tengo que dirigir á usted una pregunta y espero...

CLA. Suplico al señor magistrado que no prosiga; no contestaré sin que haya venido mi padre.

MAG. Señorita; cualquiera que sea su estado de usted y condicion, respetará usted el ministerio que ejerzo; espero no tener que mandarlo: además de la acusacion que pesa sobre su padre de usted, recae en usted una sospecha, que no trato de aclarar en este momento, pero que me impide dejarla á usted marchar.

CLA. Y quién se atreve á acusar á mi padre? Quién osa sospechar de mi?

## ESCENA VI.

*Dichos,* EL TIO ANTONIO, MARÍA, DON LUIS, *luego caballeros y señoras.*

ANT. Yo! (*presentándose seguido de María y don Luis, que bajan despues.*)

CLA. Usted? (Oh! No es ella!) Y quién es este hombre?

ANT. Nadie... Unicamente soy el acusador del marqués y de su hija.

CLA. Y quién ha dejado entrar en esta casa á semejante miserable? De cuándo acá se permite á la gente perdida, hollar con su inmunda planta los salones de las personas elevadas por su clase y por su rango, y conducir á los magistrados por la mano hasta el último asilo de las familias? Salga usted de mi habitacion, yo se lo mando. (*á los criados.*) Arrojad de aqui á ese hombre. (*movimiento de los criados, y del magistrado.*)

ANT. Señor magistrado, se acabaron los miramientos. (*poniéndole delante á María.*) Conoce usted á esta jóven? Se acuerda usted de la noche del 4 de febrero? Ah! No contesta usted á estas dos preguntas! Se encuentra usted aterrada á pesar del orgullo y la soberbia que le inspiran estos magníficos salones, ese rico traje, esos preciosos adornos? Oh! No hay que envanecerse con ellos; porque están encubriendo la deformidad del delito. Miradla que galana, señores, se encuentra con tan bellos atavios, y qué mal papel hacen á su lado los humildes vestidos de esta infeliz: solo hay de malo, que esa corona virginal es un sarcasmo, cuando la ciñe una frente en que la pureza no brilla en todo su esplendor;

hay de malo, que ese velo blanco, cuando le lleva quien no ha vacilado en delinquir, no es el símbolo de la pureza; cuando se cubre con él en momento tan solemne, quien ha permitido que recaiga el peso de su culpa sobre una inocente jóven, no es ya el emblema de la inocencia y de la virtud, es...

CLA. (*dá un grito; se cubre con las manos la cara, despues fija sus ojos en María, y se arroja á sus piés diciendo con el acento del dolor.*) Ah! Callad. Perdon, María, perdon! Ella es inocente; yo soy la culpable y debo ocupar su lugar. (*volviéndose al magistrado.*)

MAR. Infeliz; me causa compasion! (*la levanta.*)

ANT. Desventurada!

CLA. Gracias, María: esa lágrima me abrasa... aqui; (*señalando el corazon.*) salgamos.

MAG. Que se retire á su cuarto. (*sus criadas se la llevan.*) El marqués ha entrado. (*á quien ha avisado un alguacil.*)

ANT. Pronto: que me le dejen á mi solo.

(Todos se retiran á diferentes puertas, en una de las cuales entra tambien el tio Antonio por algunos momentos.)

## ESCENA VII.

EL MARQUÉS, *luego el tio* ANTONIO.

MARQ. Imbécil de criado: no se ha movido de la antesala y dice que no ha reparado si ha vuelto don Luis: es preciso, sino que... Clara, Clara? (*dirigiéndose á la puerta izquierda que conduce á la habitacion de su hija, por la cual sale el tio Antonio, con cesta y gancho.*)

ANT. No la llame usted ahora; porque tenemos que hablar.

MARQ. El trapero! (*retrocediendo asombrado.*)

ANT. El mismo.

MARQ. Aqui!

ANT. Aqui.

MARQ. Te has escapado de la cárcel?

ANT. Y me tutea! Si señor, si; me he escapado de la cárcel.

MARQ. Y no temes?

ANT. Nada.

MARQ. Olvidas que estás en la casa del mismo que te ha hecho prender?

ANT. No; pero esta casa es para mi un sagrado, mientras la ocupe el asesino de Santiago Contreras; y he venido á que él me proporcione los medios para huir de Madrid, ó á delatarle ante todos sus amigos.

MARQ. Imbécil: no te creerán.

ANT. Vamos á verlo pronto. (*va á salir.*)

MARQ. Miserable! (*yendo á seguirle.*)

ANT. (*levantando el gancho.*) Quieto; le conoces? (*deja la cesta á su izquierda.*) Mira: aun está carcomido con la sangre de tu víctima. Ah!... Creias que me habias de hallar siempre embriagado para asegurar la impunidad; como ayer, cuando me arrebataste la carta de tu hija? Como hace veinte años, cuando robaste á Santiago y le quitaste la vida? No: te has engañado. (*el Marqués va á salir.*) Quieto. (*amenazándole con el gancho.*) Escucha. A ti te importa poco que yo haya sido testigo de tus crímenes, porque soy un miserable, como tú dices, y nadie me creerá, porque no tengo pruebas con qué confundir á un gran señor como tú; pero, ¿y si te equivocases? ¿Y si yo pudiera...

MARQ. Mentira; nada existe contra mi; nada puede existir.

ANT. La muger que comprendió tus criminales proyectos en la noche del 4 de febrero; que recibió en esta casa, de tu mano, la recompensa, y que por compasion ó cálculo no cumplió su palabra, está en poder de la justicia y lo ha confesado todo.

MARQ. (Estoy perdido!)

ANT. Tu hija, víctima la infeliz de tu ambicion, se acusada tambien por esa muger.

MARQ. Oh! Pero qué es lo que quieres de mi?

ANT. Qué es lo que quiero? Que proclames en el tril la inocencia de María y la mia tambien.

MARQ. Tú estás loco! Si quieres huir protejeré tu á costa de cualquier sacrificio, y te rogaré de ro que lo admitas: pero ponerme en manos del ver confesando yo mismo mis delitos: no; lo mismo so ahora que hace veinte años; el suicidio solo yo preferirlo á la miseria, pero aun puedo confu con mis riquezas y burlar tus proyectos...

ANT. Esa es la dificultad; que ya no puedes cons tus infames designios: tus riquezas pertenecen Luis, á cuyo padre robaste, asesinando á su Santiago. Tu rango es el de un miserable asesin título no te librará del rigor de las leyes, porqu ellas todos somos iguales. (*se la arranca con el g y la arroja en la cesta que ha dejado en el suelo.*)

MARQ. Ah! (*todos salen.*)

ANT. Señor magistrado; señores, ya todos han escu quién es el señor marqués, y quién el pobre tr La justicia hará su deber.

MAG. Llevadle.

ANT. Señor don Luis, aqui tiene usted los sesen reales.

LUIS. Son de usted: usted es nuestro padre.

ANT. Pues bien, yo se los regalo á mis hijos; se para la boda.

MAR. Ya no se separará usted de nosotros.

ANT. Ni de mi cesta; porque podrá recordarme, si dia me envanezco, en lo que vienen á parar el o y la soberbia.

FIN DEL DRAMA.

*Advertencias para los Teatros de las Provincia*

Si este drama se pone en escena con mutacione los cuadros, auxiliadas por una cortina ó telon su rio, tocando la música entretanto algunos compases de que no haya mas que cuatro blancos en él; debe cerse la boardilla y escalera con sus tres lienzos de des, el del foro y el tablado que sirve de piso á la unidos y sobre ruedas: por cuyo medio, para los ca en que juega esta decoracion, no hay mas que re fondo del escenario este trasto, ó bajarle y colocar tado izquierdo y el telon con ventana en el cua María.

Las demás decoraciones son comunes y fáciles ner en pocos minutos, si se tiene preparada y en su colocacion, como igualmente la de los muebles más utiles de la escena, que desaparecen ó apar mano.

De todos modos se recomienda la rapidez en lo bios de decoracion, que ha contribuido bastante llante éxito del drama en Madrid.

Para conseguir este objeto, no hay mas gasto qu la decoracion movible de la boardilla y cuarto de y el de los dos ensayos con todo el teatro y to muebles, comparsas, etc., pues las decoraciones plazuela de Afligidos y ambigú de Villa Hermosa, de Madrid no necesitan ser copiadas de aquellos

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REYNO.—*Es copia del original censurado.*

MADRID, 1859.